

octubre presenta
res un número
SUPLEMENTO
impulsan a ello.
El aniversario de
F. Ferrer, y el
guerra, no sólo
desarrollando en
otra las empre-
ral.

caso particular
ragedia que en-
ón a los moros,
io margen para
lindezas y bru-
e elevaron a la
rocidad de ma-
s riesgos.

as vías del senti-
s con los editores
contribución li-
Figurémonos co-
le un Pietro Gor-
ara Italia y para
de su lira harían
tarios sensibles de-
lando el ánimo y
na para superar es-
na prueba de lo
etro Gori en estos
pueta de la anar-
proletaria, la te-
que sus obras con-
r de haber pasado
lectura favorita:
ientes de los pro-
esa juventud que
ises en esta "hora
haréis a menudo
del gran libertario
criptos; reciente-
ecuerdo" de Roma
o pronunciada en
conquista dell'Av-
a).

no se sabe, man-
os dolores sociales
o inconfundible y
ra y de sonoridad,
página de Virgi-
ida más su estilo
bajo este aspecto
al como Leda Raf-
ualidad más fuer-
e no más litera-
Raffanelli se tie-
r en contacto con
de energía; Vir-
ma completamen-
se la conoce, se-
ninguna violen-
ilo es ella misma
"está compuesto
parecidos en nue-
á Nova", en "H-
y en otros perío-
de 1921 y rechas-
os los fragmentos
ota solidaria que
Italia desde los

os recuerda este
rispi" de Arman-
tema, pero visto
sta y a través de

añalar las partes
de esta recopilación
decididos; todos
nos producen la
de dolor y de
a leerse y todos
por los camara-
enes conozcan el
concentrada en es-
a, aunque el fon-
; para todos no
cosa vivida, de-
do.

no hubieran sido
ra di Maranati
volumen de la
A, pues, la idea
unos trabajos de
había ocurrido
cuando esta con-
por el destierro
no haber podido
cia que la idea

D. A. de S.

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Bomberos de la revolución

En Liverpool, puerto hosco y brumoso, reunió la conferencia anual del partido laborista inglés. El tradeunionismo, a pesar de todo, difiere por matices del socialismo socialista de Alemania. Las similitudes son idénticas, ya que la principal adquisición libertaria es para ellos el poder político, escalando por etapas el parlamentarismo. Ambos tienen el máximo culto a la autoridad, y estos que son chos sabidos, disienten no obstante, en dos países, en puras formalidades de interpretación y temperamento.

A menos materialote el obrero inglés que camarada alemán, se aferran ambos a conquistas temporales y económicas. Sin embargo, el proletariado británico es más propenso a las vías de hecho a tomar por la fuerza lo que de buen grado no quieren concederle. En cambio, la masa teutona es más tarda en encenderse y con la pretérita instauración del régimen de la social-democracia y ahora la presidencia de Hindenburg, es difícil, aún a largo plazo, estallen intenciones revolucionarias.

Los bomberos de Inglaterra son, pues, laboristas y sobre todo Macdonald, que saboreó el poder y experimentó la decepción de ser desalojado por una escuadrilla de los conservadores, acusando de comitancias con los comunistas. En su perorata de apertura del congreso, denunció a los elementos avanzados como deseosos de provocar otra guerra civil. En uno de los pasajes de su discurso conminó a los "rojos" a que quiescen fuera del partido y propagaran sus doctrinas lejos de las filas de los laboristas. No dudamos que se está preparando su plataforma electoral. Quiere lavar las manos, como una nueva edición de Pilatos, de esa pretendida complicidad con los extremistas de traje y de chada.

La asistencia de los comunistas a los debates del congreso, fué rechazada por 954.000 votos contra 321.000 en favor. El alborozo y el regocijo exagerado de los dos diarios más reaccionarios, celebrando este suceso, demuestra a las claras que estos pequeños burgueses están laborando para cimentar el régimen de ellos pretendiendo combatir a golpe de votos, caídos en las ánforas electorales, la obra de sus conquistas, y la anuncian en no jactancioso, es haber aumentado el número de adherentes a las agrupaciones de las trade-unions desde la cifra inicial de 500.000 hasta figurar como cotizantes en sus registros 3.200.000 personas. Alemania sobrepasó de mucho ese guarismo y sinismos esas gigantescas confederaciones burocráticas nada pesaron en los acontecimientos mundiales. No es el agrupamiento de individuos que hace la fuerza, sino la cohesión que existe entre ellos.

También el sindicalismo inglés fué poderoso en el período pre-bélico y, como el alemán y casi todos los demás sindicalismos, abasteció el campo de batalla con la mayoría de sus afiliados. Son cuerpos puramente vegetativos.

Mr. Cramp — o sea el señor calambre — nos da la clave, por qué repudia los medios revolucionarios para operar un cambio del régimen societario. Dijo:

"Para que la revolución pueda justificarse debe tener dos finalidades: primeramente debe estar encaminada a aumentar el bienestar de la mayoría del pue-

blo, y después, tener por resultado el establecimiento de la libertad absoluta de pensar y de expresar las ideas. La revolución de la fuerza no puede dar cumplimiento a esos cometidos".

Mr. Cramp vacila y duda que la violencia o la fuerza, como quiera llamársele, no podrá nunca allegar la mayor suma de conquistas económicas y morales a la masa popular. Pero en cambio, sin otra escapatoria para conseguirlas, ha de optar lógicamente por la panacea parlamentaria. Con esta idea pobrísima de las luchas sociales, se engaña seguramente a sabiendas. Es como querer representar Hamlet sin el príncipe de Dinamarca, que son un sólo ser. O la tortilla, etc.

Ningún hombre más o menos de vistas moderadas, se hallará en desacuerdo con que se logre "el bienestar de la mayoría del pueblo" y "el establecimiento de la libertad de pensar y expresar las ideas",

ya que no hay partido liberal o democrático en el orbe que no haya embadurnado las paredes de las ciudades con semejantes promesas. Pero la falla estriba en la táctica a emplear para arrancar estas libertades y este bienestar. Mr. Calambre tilda a los que pregonan medidas revolucionarias como gente que se halla atrasada de un siglo de los tiempos actuales. Y sus pacaas ideas sociales han de remontarse a los orígenes de la edad de piedra y son más viejas que el mundo.

Y es con esta bazofia que se alimenta a esos 3.250.000 afiliados.

Contrastando con este congreso de mala gente han sido publicadas las memorias de Lord Grey, en las que se encuentran algunas verdades. Acerca de las guerras, manifiesta sus dudas de que Europa se halle penetrada del sentimiento de evitarlas en lo porvenir.

Y agrega: "A menos que este sentimiento se desarrolle, la civilización actual ha de perecer como otras perecieron, pues aprender a morir es una ley para las naciones, así como para los individuos".

Un prieto reaccionario como ha sido siempre Lord Grey, ha formulado aseveraciones radicales que quizás los laboristas disueltos en agua de rosas no se hubiesen atrevido a lanzar.

Ellos intentan colaborar con un estado social caduco, agónico, roído por la costosa enfermedad de desenfrenados apetitos y por la ferocidad de las depredaciones a mano armada.

Es que ellos anhelan únicamente cultivar su clientela electoral, embaucándola con las conquistas cotidianas e inmediatas... Después que revienten...

Tragedia y finanzas

Próximamente en Pekín se celebrará la conferencia aduanera, a fin de que las potencias interventoras se repartan equitativamente el botín. Rusia desea ser una de las que también le toque algo. El gobierno de los Estados Unidos, desde ya ha puesto su veto, declarándola "no deseable".

Este doble juego de la diplomacia de los soviets no debe causar extrañeza. El hecho que de día se presenta en una faz legal, dispuesta a las peores componendas con los gobiernos burgueses, y de noche sea incendiaria y revoltosa, se halla completamente de acuerdo con la moralidad suya, o sea de los bolcheviques: los fines justifican los medios. Esta acomodaticia máxima jesuítica es la táctica que hasta ahora les dió más excelentes resultados materiales; ya que los morales se hallan fuera de lugar. Ellos ríen posiblemente del reverso de esta máxima, que reza: Para un fin santo se requieren medios santos. Ellos no son tan tontos para convenir en una inútil y superflua rectitud, que a veces estorba más que servir.

Esto, y la viveza criolla y la viveza bolchevique se abrazan y se equivalen.



El asno de Buridán, en la duda si empezaba bebiendo o comiendo, se murió. Una parte del proletariado hace lo mismo: duda si debe estar de parte de sus hermanos o de sus verdugos. Y en esa duda es encadenado al pesebre, para morir de miseria y de anemia.

El lema flameado por ellos para intentar concurrir a esa conferencia, es que se proponen proclamar la autonomía de las aduanas chinas. Nos parece que no es más que un pretexto para obtener beligerancia en el asunto, y establecer un precedente para el futuro. Su acción en el seno de ese consorcio de banqueros, aparentemente marcados caracteres platónicos y líricos.

Enumeremos las concesiones internacionales en China, Francia, Inglaterra y Alemania, con sus bancos como órganos de avanzada, iniciaron los asaltos a la economía china en las postrimerías del siglo diez y nueve. En 1897 un grupo franco-belga-ruso obtuvo la concesión ferroviaria de Pekín-Hankow. Inglaterra, ante lo conseguido por esta agrupación, presentó un ultimátum, apoyándolo con la acción de su flota. China cedió, y si a los belgo-franco-rusos se les concedieron 1.500 millas de extensión, a Inglaterra se le autorizó para construir 2.800 millas, formando una red que abarca diez provincias. Esta fué la batalla de las concesiones, como la llamaba cínicamente Lord Salisbury, y Britania, naturalmente, hubo de ser la vencedora.

Alemania, a su vez, presentó sus demandas y consiguió en concesión de noventa y nueve años, Kiaochau, con derecho a construir ferrocarriles y explotar los yacimientos de Shantung.

Ante tal suceso, de nuevo se precipitaron Francia, Inglaterra y Rusia sobre el gobierno chino, y volvieron a obtener privilegios de concesión. Llegó la hora de aparecer, en ese escenario, Japón y Estados Unidos, y fué entonces cuando se necesitó intentar un concordato a fin de evitar la lucha armada por la presa que los otros devoraban.

He ahí la acción de alta civilidad llevada a cabo por las naciones exportadoras de la endemia de su civilización explotadora.

En 1920, nuevamente se redacta un pacto bancario internacional, en que amigablemente se reparten la zona de influencia en la economía china. Los gobiernos apoyan el capital de sus súbditos: "Considerando — dice el texto — que la Hong-Kong Bank, la banca francesa, la banca japonesa y los directores norteamericanos obran en este acuerdo como representantes respectivos de los grupos ingleses, franceses, japoneses y norteamericanos; Considerando que sus gobiernos respectivos han decidido prestar apoyo a sus grupos nacionales, y" etc., etc.

Bueno, esta conferencia aduanera es una reedición de aquella de 1920, en la cual volverán a repartirse la zona de influencia en la economía china esas potencias personificadas por bandideros y ladrones de guantes blancos.

Actualmente se les opone una pequeña dificultad. Y es que la China de hace cincuenta años ha desaparecido y ha sido suplantada por otra que no se dejará devorar tan mansamente, sin alguna rebelión, como ya lo está haciendo ahora.

No nos explicamos qué rol reivindicador asumirá la diplomacia de los soviets en esa conferencia aduanera, para despistar, y en realidad de ladrones y bandidos.

En breve publicará esta Editorial "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.

Consideraciones sobre el presente y la revolución

Podríamos reducir las teorías sobre las causas de la revolución a estas tres manifestaciones:

- 1.—La revolución nace de la miseria económica;
- 2.—La revolución es una respuesta de los pueblos a la opresión política;
- 3.—La revolución no es fruto de desesperación, sino de esperanza.

Ninguna ocasión más propicia que ésta para medir en la piedra de toque de la realidad el valor de cada una de esas teorías.

El nivel material de la vida ha descendido tanto en el curso de los últimos diez años en todos los países, beligerantes o no, que si antes de la locombe mundial de 1914 se nos hubieran descrito por adelantado la situación económica a que llegaría el proletariado, hubiéramos reído escépticamente. Nos habría costado trabajo creer que tal descenso del nivel de vida material a que estábamos acostumbrados pudiera realizarse sin sacudimientos colectivos, sin actos de rebelión y amenazas populares. Sin embargo, estamos sumidos en una miseria espantosa que va consumiéndose nuestras energías físicas y en el curso de estos últimos años hemos podido comprobar que el ambiente de privaciones y de penurias no es el mejor ambiente para el cultivo y desarrollo de los gérmenes de la revolución. Karl Marx y su escuela consideran el empobrecimiento progresivo de los trabajadores como una condición y un requisito de la revolución; según ese punto de vista, más bien que alarmarse al constatar las privaciones indescribibles de la clase productora, habría que regocijarse, viendo en esa signo un síntoma de próximo huracán revolucionario.

Pero esa teoría no ha sido nunca confirmada por la historia, y toda nuestra naturaleza se resiste a reconocerla. Al contrario, aunque tuviéramos la convicción de que el aumento de la miseria popular nos llevaría a la revolución, haríamos todo lo posible por aliviar la vida de privaciones de las grandes masas productoras, y eso por un movimiento instintivo de conservación.

Para Karl Marx y su escuela sería perfectamente lógico y promotor del hecho de la reducción de los salarios, el hecho de la existencia de millones de desocupados en todos los países, el hecho del aumento de enfermedades originadas por la deficiencia de alimentación, el hecho de la prolongación de la jornada de trabajo, en fin, todos los fenómenos que empeoran la triste situación proletaria. Y lo paradójico en esta doctrina es que Marx, que sostiene la influencia de las condiciones económicas en la mentalidad del hombre, no ha tenido en cuenta la influencia de la miseria extrema sobre el espíritu del individuo. Cualquier investigador más libre de prejuicios y de dogmatismos habría descubierto que la mentalidad del hombre agobiado por el hambre propia y la de los suyos, inquieto en grado extremo por el pan de cada día, no es una mentalidad revolucionaria, y, al contrario, es como un caldo de cultivo de todos los factores de reacción y de envilecimiento.

Las teorías que atribuyen a la miseria, y sobre todo a la miseria extrema, un valor revolucionario, se sostienen muy cómodamente cuando se disfrutan reatas o se goza de una situación confortable, pero cuando habéis entrado en contacto, voluntario o forzoso, con el hambre de pan, llegáis pronto a la convicción de que el hambre de pan, cuando es apremiante, excluye el hambre de justicia y de libertad.

En resumen, hemos llegado a un nivel material de vida extremadamente bajo; las privaciones a la orden del día en las grandes masas productoras cortan las alas de la fantasía de los oprimidos y explotados; el cuerpo deficientemente alimentado no dispone de energías espirituales, y sin éstas no ha sido hecha ni se hará una revolución.

Si Marx quería que la transformación del mundo fuera obra de esqueletos sin voluntad y sin aliento, nosotros hacemos

nuestra la frase de Saint Simón a su discípulo Rodríguez: "Piensa, hijo mío, que es preciso estar entusiasmado para realizar grandes obras", y como la transformación del mundo es una de las más grandes obras humanas, necesitamos espíritus entusiastas, llenos de vigor y de iniciativa, es decir, necesitamos hombres y no esqueletos. De ahí se deduce que, amantes de la revolución, no esperamos que la situación presente se agrave aún más o se consolide, y lucharemos con todas nuestras fuerzas para oponer un dique a los avances de la miseria popular, aunque cometamos un crimen contra los dogmas marxistas, pues consideramos en peligro no sólo todas las conquistas económicas y políticas pasadas, sino también las futuras si la situación actual arrastra o se agrava más todavía.

Por lo que se refiere a la opresión política, muy pocos períodos de la historia podría compararse con el que vivimos por el extremismo reaccionario. La dictadura es la expresión política de la forma de gobierno actual; lo poco que se había conquistado a través de siglos y siglos de luchas heroicas en el terreno de las libertades civiles, el poco espíritu democrático que se había logrado introducir en la estructura política de las sociedades, todo se ha desvanecido, todo ha sido convertido en montones informes de ruinas donde florecen soberanamente las flores del mal.

Si la revolución estuviera en conexión con la opresión política, ¿cómo es que vivimos aún bajo el imperio de la tiranía más descarada y más absolutista que se haya jamás conocido?

En el pasado hubo leyes de excepción y períodos de persecuciones y de reacción aguda contra los avances de las fuerzas revolucionarias. Supongamos que esas leyes de excepción, que esos períodos de persecuciones y de reacción aguda que recordamos con una especie de terror instintivo se hayan convertido en condiciones normales y tendremos una idea de la época en que vivimos. La contrarrevolución preventiva produjo la dictadura gubernamental en casi todos los países y luego, cuando el peligro de revolución pareció haber pasado, la dictadura nacida de la contrarrevolución preventiva se transformó en sistema de venganza feroz y de agresión sin precedentes. El gobierno no ha sido siempre una manifestación de barbarie y de esclavitud, pero la reacción popular contra sus crímenes y sus usurpaciones — jamás tan grandes en el pasado como en el presente — hizo que se tendiera un velo engañoso sobre la vulgar opresión del hombre por el hombre y se inventaron vanas palabras para disfrazar los hechos: se habló de patria, de democracia, de bien común, de derecho, de civilización, y se forjó la servidumbre voluntaria esa condición insubstitutable y *sine qua non* de toda tiranía abierta o enmascarada.

El Estado actual no pretende encubrir sus injusticias y sus abusos; proclama sin circunloquios el reinado de la fuerza y no disimula sus métodos de gobierno y su despojo de las libertades populares. Sin embargo, la revolución no se vislumbra y el espíritu colectivo creado por el ejercicio gubernativo de las más ruines venganzas y de las más infames usurpaciones, en lugar de levantar el pendón de la dignidad humana, están a punto de arriar la bandera de las últimas veleidades de libertad.

No, la opresión política no produce la revolución; produce, al contrario, un mayor grado de servidumbre y de chatura. Ya Eliseo Reclus, y con él todos los pensadores libres, demostró que era opuesto el absolutismo político al desenvolvimiento del espíritu revolucionario. Y nosotros nos atrevemos a prever como desenlace más o menos lejano del sistema de la dictadura política imperante, una nueva época de predominio democrático y liberal, pero no el comienzo de la descomposición de los Estados. Y esto es muy sencillo: Cuando existía en Rusia la Tercera sección de la cancillería imperial, no se podía imaginar nada peor; luego apareció algo más terrible aún: la Okrana;

y ningún espíritu inventivo habría sido en tiempos del último Romanof un sistema más espantoso de persecuciones; pero vino la tcheka comunista y la víctima de la nueva tiranía rusa consideraba que el sistema policial del zarismo era mucho más humanitario. Como se por ese ejemplo, en lugar de avanzar pensamiento revolucionario, oprimido por la tcheka, hacia un porvenir sin policía y sin Estado, se siente una cierta inclinación al regreso a un estado de cosas menos brutal. Las razas oprimidas por un gobierno extranjero no piensan en abolición de todos los gobiernos, sino en la independencia nacional, y el hecho mismo es un estado psicológico natural del progreso político de los pueblos sometidos a una dominación extranjera. Y si se quiere una anticipación más convincente de que el desenlace del sistema dictatorial de gobierno será un nuevo período de pseudo-liberalismo capitalista, tomemos el ejemplo de nuestros camaradas de España y de Italia: están dispuestos a derramar su sangre, no por la realización inmediata de la anarquía en esos países, sino por provocar la caída de la dictadura simplemente. Y digamos más: los que no están dispuestos a la acción revolucionaria en la convicción de que no tendrá por resultado la realización inmediata de nuestros ideales, esos podrán ser muy buenos filósofos de la anarquía, pero no son revolucionarios. Y harán siempre más por el triunfo de los que entran en la lid contra la dictadura, aun sabiendo que no serán ellos los que recogerán los frutos del esfuerzo y del sacrificio, que los que esperan sentados y filosofando a que llegue la hora de "nuestra" revolución.

Hechos aquí dos veces heréticos: primero al negar que la miseria sea un factor de revolución; luego al negar que la opresión política extrema, según nuestra manera de ver, la revolución no nace de la desesperación, sino de la esperanza. Creemos que Kropotkin se expresó en el mismo modo. Admitimos que intervenga la miseria, o mejor el temor a la miseria en el estallido de un movimiento revolucionario; admitimos que intervenga la opresión política, o más bien la amenaza de opresión política extrema, en el desencadenamiento de las iras populares; pero la miseria económica y la opresión política a la larga matan los gérmenes revolucionarios; esto no puede ponerse en duda; tenemos el ejemplo de la situación actual; para demostrarlo. ¿Dónde flamea hoy la bandera de la revolución? En ninguna parte. Donde hay todavía elementos sanos, luchan por un restablecimiento de la normalidad conocida antes de la guerra; se sabe que esa normalidad no es ninguna solución, pero es susceptible de ser un alivio pasajero y de provocar situaciones que vuelvan a encender en los pueblos la llama del idealismo revolucionario, esa llama que ha dejado de arder desde hace tres o cuatro años. Se podría dudar si fué la dictadura fascista, bolchevique, militar, democrática, etc. la que restringió en los pueblos el fuego sagrado de las esperanzas, o si fué la pérdida de esas esperanzas ante los primeros choques frustrados después de la guerra lo que produjo el advenimiento de la dictadura. Lo cierto es que hoy no existe en el proletariado ningún idealismo capaz de ver las masas, ninguna esperanza susceptible de conmover los corazones y de poner en tensión las voluntades. Y sin esos factores, sin la acción de las esperanzas en el seno del mundo del trabajo toda revolución liberadora es imposible. ¿Qué quiere la libertad el esclavo que se volvió un día airado contra los latigazos del capataz o del amo?

Cuando auscultamos el corazón popular, cuando auscultamos el corazón de la época nos entristece la ausencia de toda vida emotiva intensa; la situación de privaciones y de interrogantes sobre los espíritus y mata en germen toda elevada aspiración, sofoca todo noble idealismo, esteriliza el aliento vivificador de las grandes esperanzas.

¿Qué hacer? ¿Cómo reavivar en el mundo la llama de los fecundos entusiasmos de los idealismos redentores? ¿Cómo construir el espíritu colectivo de los pueblos? ¿Cómo infundir o provocar en ellos el aliento de la esperanza?

D. Abad de Santillana

entivo habría
ltimo Romaine
ntoso de persecu
ka comunista y
tiranía rusa co
policial del zar
militario. Como
ugar de avanzar
nario, oprimido
porvenir sin pol
te una cierta in
un estado de
azas oprimidas
no piensan en
gobiernos, sino
es excesivamente
os o tontos. A
siológicamente
temperatura bé
millares de
millares de per
stratus de lo m
sealace del siste
o será un nup
alismo capitalis
de nuestros pro
y de Italia: est
su sangre, no p
ata de la anarq
acuerdo por la
provocar la
plemento. Y di
están dispuestos
ia en la convic
resultado la m
de nuestros id
muy buenos fil
ro no son revol
más por el an
en la lid contra
ndo que no se
n los frutos del
que los que esp
cadencia efectiva
fando a que lle
revolución.

es heréticos: prim
sería sea un fac
negar que lo s
tremas. Según
revolución no m
sino de la esper
tkin se expresó
que interve
nos que cruceros
temor a la miseria
movimiento revol
guerra, la marina
que interve
Mediten un solo
adimiento em
extorsionar los
tremas, en el d
ultados presu
ras populares; p
y la opresión p
los gérmenes r
un loco, un pup
uede ponerse en
plo de la situac
lo. ¿Dónde flam
revolución? En
todavía elemen
restablecimiento
ario, que tanto
a antes de la g
normalidad no
es susceptible
es o los ingles
y de provocar
argen a que mil
a fabricar gran
daciones quími
ar artefactos b
ha dejado de ar
ro años. Se pod
ura fascista, b
tica, etc. la que
el fuego sagrado
es la pérdida de
estos millones
primeros choq
a algunos mill
entes, se les ob
a pagar impu
sas, gabelas, a
de estos mortí
en vista de co
corazonar y p
poder derrotar
unidades. Y sin
tos y prontos a
de las esperanz
del trabajo tod
es imposible
ed el esclavo p
la sangre y de
airado contra
del amo?
el corazón pop
os el corazón de
a ausencia de to
la situación. In
interrogantes s
activo, quienes
ca en germen to
oca todo noble
ento vivificador
s
reavivar en el m
puntos entusias
entores? ¿Cómo
lectivo de los p
provocar en ell
za?

Lautilla

Mastines de la pavora

La locura homicida, la vesanía guerrea, que azuza a un pueblo contra otro, en los últimos tiempos tiende a su máximo grado de exasperación, en vez de ir apagándose paulatinamente, según creencia de algunos optimistas y por ende excesivamente optimistas y por ende optimistas o tontos. A mantener elevada la temperatura bélica contribuyen millares de personajes que viven de los estratus de lo más turbio de la naturaleza humana. Son como las hienas que se pasean en los cementerios para buscar su alimento.

Un espécimen de este animalito es el coronel estadounidense, Mitchell. Aboga por la superproducción de armamentos, dando a entender que su país, su país, se halla completamente indefenso y a merced de cualquier grupo de potencias orientales u occidentales que intentase una invasión.

Arguye, por ejemplo, que Gran Bretaña podría, en el breve plazo de una semana, establecer una base aérea en la desembocadura del río San Lorenzo, con lo que los frutos de la cadencia efectiva de mil aeroplanos para bombardear grandes extensiones de territorio. Después de izar tan tremebunda amenaza, para serenar los ánimos de la comisión investigadora del servicio aéreo, supuso:

—Naturalmente, esto no sucederá nunca, pero existe la posibilidad; y los Estados Unidos no estarían preparados para contrarrestar ese ataque. Con excepción de los cruceros y pequeños buques de guerra, la marina resultaría inútil. etc. etc.

Mediten un solo segundo. Por el procedimiento empleado para extorsionar los resultados presupuestos que insinúan los armamentos, este hombre deberá ser un loco, un pupilo de manicomio o un salvado. De serlo, lo será con relevantes caracteres de animal necróforo que se codea y complace con la muerte de sus semejantes. Se apela a un peligro imaginario, que tanto podrían representarlo a antes de la guerra marcianos como los chinos, los japoneses o los ingleses, y ello en seguida da origen a que millones de obreros comiencen a fabricar grandes cantidades de predaciones químicas y artefactos bélicos. Los gases asfixiantes al tanque, el aeroplano, hasta los leviatanes marinos, armados de una formidable artillería. Estos millones de proletarios, sumados a algunos millones de ricos contribuyentes, se les obligará a pagar impuestos, gabelas, a fin de satisfacer los gastos de estos mortíferos chismes. Todo es en vista de contener la invasión y para poder derrotar a los marcianos, ya estos y prontos a conquistar el país, quemar ciudades, raplar mujeres, esclavizar niños y otros calamitosos sucesos, sed el esclavo de la sangrienta y devastadora de toda guerra. Visiones estas de la calenturienta imaginación popular.

Es con esta antiquísima treta como se imponen a la atención pública estos especialistas en la fabricación del terror colectivo, quienes se hermanan con los gorbos empleados de las religiones: fábricas usinas de pavor ultraterreno. Es una cantera, rica en filones, esta del mundo con que se halla amasada el alma humana. Cuando aullan los mastines de pavora, la grey se enloquece y se entre en manos de cualquier carniceró para que la conduzca al matadero a los sonos de charangas patrióticas. Y no son otra cosa las guerras de patria a patria.

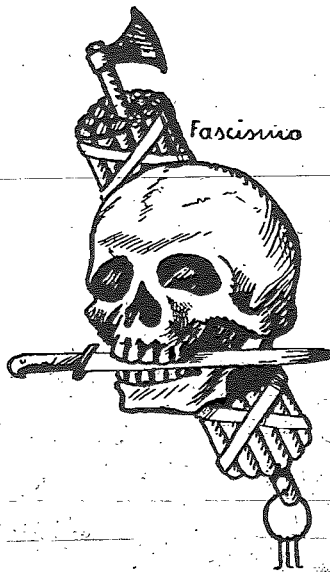
Este coronel Mitchell que amaga a su país con toda suerte de invasiones e influye en el odio hacia el Japón, supuesto jefe de un grupo de enemigos asiáticos, pertenece a la más vasta y rapaz cofradía de intoxicadores de la conciencia pública, ramificada por todo el planeta. Son los correteadores de armamentos, financieros organizadores de guerras; congregaciones religiosas recogedoras de ricas migajas de esta industria de la muerte; instituciones educacionales predicadoras de odios entre los pueblos, y la inmensa fauna de la politiquería, que medra como los gusanos de la carroña patriótica. Y todas estas corporaciones, que son los supuestos puntales de la sociedad, asentada sobre la argamasa de una barbarie "civilizada", son muchos millones de entelequias que aún poseen la inveterada creencia que de caerse estos puntales nos quedaríamos en la mayor orfandad, o repentinamente estúpidos.

Estos millones de entelequias, o sea la masa amorfa, no paran mientes en que aquellos puntales se hundien precisamente en el substracto de la imbecilidad e idiotéz común, en la cual hallan su más firme asiento.

En Norteamérica nada extraño sería que algún día se erigiera una estatua a ese coronel Mitchell, por ser más chical que sus mismos coetáneos y porque supo lanzar la voz de alarma cuando la patria se hallaba indefensa poseyendo la flota más poderosa del mundo, los más perfeccionados armamentos; con una vasta red de transportes; con miles de aeroplanos, cientos de submarinos y numerosas usinas químicas. Y lo que es más: guardado en sus arcas el mayor encaje de metálico.

La masa humana, como una hembra tornadiza, siempre glorifica a sus verdugos. ¿Cuántos monumentos no existen a estos héroes de la baja animalidad de la especie?

Son ellos los hipnotizadores de los mastines de la pavora, y mientras este miedo inconsulto, este miedo al miedo, no se le haya desarraigado del alma popular, este furor pánico siempre será fecundo a esta vasta y codiciosa cofradía de mercaderes y guerrerristas, políticos y clerencia.



OBRAS ANARQUISTAS

Palabras de un rebelde, por P. Kropotkin (1)

Desde hace dos años y medio Pedro Kropotkin está en prisión, separado de la sociedad de sus semejantes. Su pena es dura, pero el silencio que se le impone sobre los asuntos que más le afectan es algo mucho más penoso: su cautiverio sería muchos menos pesado si no estuviera amordazado. Meses, años pasarán aún antes de que le sea devuelto el uso de la palabra y antes de que pueda volver a comenzar con sus compañeros las conversaciones interrumpidas.

El tiempo de recogimiento forzoso que debe sufrir nuestro amigo no será ciertamente perdido, pero nos parece muy largo! La vida huye rápidamente, y vemos con tristeza transcurrir las semanas y los meses durante los cuales esa voz honesta y altiva si la hay, no será escuchada. En cambio, ¿cuántas banalidades nos serán alambicadas, cuántas palabras mentirosas llegarán a nosotros, cuántas semi-verdades interesadas zumbarán en nuestros oídos! Tenemos impaciencia por oír uno de esos lenguajes sinceros y sin reticencia que proclamaban atrevidamente el derecho.

Pero si el prisionero de Clairvaux no tiene ya la libertad de entretenerse desde el fondo de su celda con sus compañeros, al menos éstos pueden recordarse de su amigo y recoger las palabras que pronunció en otro tiempo. Ese es un deber que me es posible cumplir y me consagro a él con felicidad. Los artículos que Kropotkin escribió desde 1879 a 1882 en el periódico anarquista "Le Revolté" me parecieron de naturaleza como para ser publicados en volumen, tanto más cuanto que no se han sucedido al azar de los acontecimientos, sino que se siguen en orden lógico. La vehemencia del pensamiento les ha dado la unidad necesaria. Fiel al método científico, el autor expone primeramente la situación general de la sociedad, con sus vergelanzas, sus vicios, sus elementos de discordia y de guerra; estudia los fenómenos de decrepitud que presentan los Estados y nos muestra las grietas que se abren, las ruinas que se acumulan. Después desarrolla los hechos de experiencia que la historia contemporánea nos ofrece en el sentido de la evolución anárquica, indica su significación precisa y deduce la enseñanza que entrañan. En fin, en el capítulo la Expropiación resume sus ideas, tales como resultan de la observación y la experiencia y apela a los hombres de buena voluntad que no se contentan con saber, sino que quieren obrar.

No hago aquí el elogio del autor. Es mi amigo, y si dijese lo bien que pienso de él se podría suponerme ceguera o acusarme de parcialidad. Básteme referirme a la opinión de sus jueces, incluso de sus carceleros. Entre los que de cerca o de lejos han observado su vida, no hay nadie que no lo respete, que no testimonie de su alta inteligencia y de su corazón desbordante de bondad, nadie que no lo reconozca como verdaderamente noble y puro. Y por lo demás ¿no es a sus calidades mismas a quienes debe el destierro y el cautiverio? Su crimen es amar a los pobres y a los débiles; su delito es haber defendido su causa. La opinión pública está unánime en respetar a ese hombre, y sin embargo no se asombra de ver las puertas de la prisión cerrarse obstinadamente tras él, tan natural le parece que la superioridad se pague y que la abnegación sea acompañada de sufrimientos. Es imposible ver a Kropotkin en el patio de la casa central y cambiar un saludo con él sin preguntarse: ¿Y yo por qué estoy libre? ¿Será quizás porque no valgo como él?

Sin embargo los lectores de este libro tienen que ocuparse menos de la persona del autor que del valor de las ideas que expone. Esas ideas, las someto con confianza a los hombres rectos que no formulan su juicio sobre una obra antes

de haberla abierto, sobre una opinión antes de haberla escuchado. Haced tabla rasa de todos vuestros prejuicios, desprendedlos temporalmente de vuestros intereses y leed estas páginas buscando simplemente la verdad sin preocuparos actualmente de su aplicación. El autor no os pide más que una cosa, que compartáis por un momento su ideal, la felicidad de todos, no la de algunos privilegiados. Si ese deseo, por fugitivo que sea, es verdaderamente sincero, y no un puro capricho de vuestra fantasía, una imagen que pasa ante vuestros ojos, es probable que estaréis muy pronto de acuerdo con el escritor. Si compartís sus opiniones comprenderéis sus palabras. Pero sabed ante todo que esas ideas no os llevarán a los honores; no serán nunca recompensadas por un puesto, bien retribuido; tal vez os atraerán más bien la desconfianza de vuestros antiguos amigos, o algún golpe brutal de lo alto. Si buscáis la justicia, debéis ateneros a sufrir la iniquidad.

En el momento en que publico esta obra, Francia está plena de crisis electoral. No tengo la ingenuidad de recomendar la lectura de este libro a los candidatos, — tiene otros "deberes" que cumplir, pero invito a los electores a tomar en sus manos *Palabras de un rebelde*, y les señalo especialmente el capítulo *El Gobierno representativo*. Verán cuán justificada será la confianza en esos hombres que surgen de todas partes para solicitar el honor de representar a sus conciudadanos en el Parlamento. Ahora todo es color de rosa. Los candidatos son omniscientes e infalibles; pero ¿qué serán los mandatarios? Cuando por fin tengan su parte de realidad ¿no serán dominados fatalmente por el vértigo del poder y, como los reyes, dispensados de toda sabiduría y de toda virtud? Aunque fuesen decididos a mantener las promesas que han prodigado ¿cómo mantendrían su dignidad en medio de la turba de los postulantes y de los consejeros? Suponiendo que hayan entrado virtuosos en la Cámara, ¿cómo podrían salir de ella de otro modo que viciados? Bajo la influencia de ese medio de intrigas, se les va girar de la izquierda a la derecha, como si fuesen movidos por un mecanismo fatal: marionetas de reloj que aparecen con aire soberbio y dan con ruido en el cuadrante y luego vuelven rápidamente la espalda para sepultarse miserablemente en la pared.

No es en la elección de nuevos amos donde está la salvación. Es preciso que nosotros, anarquistas, los enemigos del cristianismo, recordemos a toda una sociedad que se pretende cristiana estas palabras de un hombre que ha hecho un dios: "No digas a nadie: ¡Amo, amo!" Que cada cual sea amo de sí mismo. No os dirijáis hacia las cátedras oficiales, ni hacia esa ruidosa tribuna en la vana espera de una palabra de libertad. Escuchad más bien las voces que surgen de abajo, aunque debiesen pasar a través de las rejas de un calabozo.

EI. ISE0 RECLUS
Clarens, Suiza, 1 de octubre de 1888.

Para el 12 de octubre presenta remos a los lectores un número extraordinario del SUPLEMENTO. Dos motivos nos impulsan a ello. Uno, cumplir con el aniversario de la desaparición de F. Ferrer, y el otro, ir contra la guerra, no sólo la que se está desarrollando en Marruecos, sino contra las empresas bélicas en general.

Naturalmente, el caso particular de la sangrienta tragedia que envuelve en su turbión a los moros, nos ofrecerá amplio margen para discutir sobre las lindezas y brutalidades de quienes elevaron a la quintaesencia la ferocidad de matar con los menores riesgos.

(1) Este prefacio de Reclus a "Palabras de un Rebelde" no ha sido traducido al español; creemos que para la mayoría de los camaradas lectores es desconocido.

SALON DE PRIMAVERA

Los jurados

Se supone que nosotros somos los menos afectos a los jueces de toda laya. Y en asuntos artísticos menos todavía. Los toleramos como al mal tiempo, aunque no podamos creer sean tan necesarios cual lo es ese feo medio atmosférico. Desde que los jurados existen, opinan y castigan con la exclusión de las obras, y otorgan palmas paradisíacas a los afortunados que saben captarse la simpatía con aduaciones e intrigas, hemos de expresar libremente nuestro parecer acerca de su actuación y también emitir nuestro juicio sobre el intrínseco valor de cada uno de esos benditos miembros.

Bajemos la voz y hagamos esta declaración que no ha de asombrar a nadie, e interpreta, en cambio, el sentir de casi toda la comunidad artística: Jamás como en este año el tercio de los jurados para el salón de primavera hubo de parecerse tan calamitosos en su conjunto y por detalles. Pocas veces se dió la fatalidad — para los concurrentes — que se reunieran tantas y tantas nulidades en un solo haz. Con la excepción de uno o dos miembros en ambos jurados — de escultura y de pintura — los demás constituyen la esencia, aun alquitrada, de lo impersonal, amorfo, vulgar y lo abracadabrante chabacano, que floja y boga en nuestro ambiente artístico.

Por cierto nos causa fastidio personalizarnos; pero nadie les obliga a estos curulescos personajes a aceptar el cargo de jurado y ejercerlo, si su conciencia les grita lo inapto e incompetente que son ellos para juzgar a los demás. Esto de conciencia ha de tomarse en sentido metafórico: Poseerán muchas otras cosas, mas no esa vocación interior. Deducimos de los hechos, de la labor y de la obra realizada por ellos para formular tan justa aseveración.

En su tozudez ignara, son seres afirmativos a su manera; exentos de dudas sobre ellos mismos y su saber, carecen de la más ínfima inquietud que los alce en vilo de sus reducidas preocupaciones de oficio y su política de charquito doméstico; incapaces de entregarse violentamente a una admiración o arrojarse de cuerpo entero en la diatriba hacia una obra o un hombre, son cadáveres que deambulan, en quienes subsiste la letra y ha muerto el espíritu. ¿Desde cuando acá los que únicamente cumplen funciones vegetativas, poseen conciencia? Por haber perdido esa brújula de la duda, del



PABLO CURATELLA MANES — "Lancelote y la reina Genevieve"

discernimiento y de una inteligencia que busca y abunda, se aferran desesperadamente a la letra, a algo material, que pueda palpase, tocarse con mortales manos. Y ¡guay! que falte una coma, un punto de más o de menos. La corrección sobre todo. Lo de adentro, lo que es ritmo interior, algo que nunca se halla en la mera materialización de una visión y de un en-

suño, ellos están lejos de intuirlo e sentirlo. Además, desprovistos de información, con una base deleznable de cultura, ajenos a las nuevas formas que paulatinamente se elaboran en todas las manifestaciones del arte, son simples peones, faquines que ejercen una labor manual, pintando, esculpiendo y grabando, y aún malos faquines y peones, porque ni ese poco de oficio lo poseen a fondo. En una palabra, se hallan en el plano subalterno de las chapucerías artísticas.

¿Cuál es la labor, en las actividades del arte puro, de un Zonza Briano, un Ripamonte, un Del Campo, un Petrone, un Franco, un Oliva Navarro o un Torcuato Tasso, respetable reliquia histórica, merecedora en justo derecho de la jubilación *in eternum*?

No nos detendremos a realizar un atento análisis de las obras de cada uno de estos cadáveres, porque en repetidas ocasiones lo efectuáramos, tanto nosotros como alguien con más autoridad, con resultado ineficaz y contraproducente, no para los fines del arte, que nunca están en juego en estos casos, sino que se intenta impedir la difusión de falsos valores al introducir por escotillon lotes y lotes de pésimas esculturas y malísimos cuadros en el Museo Nacional.

No nos inducía, entonces, otro motivo más que el de crear un posible obstáculo, con la expresa finalidad de desvirtuar la enseñanza que puede brindarle una pinacoteca oficial a las clases populares y estudiantes, presentándoles como piezas de museo telas de casa de rímatas.

¿Con cuales méritos o talentos ha medrado, vivaqueando, acumulado cargos retributivos, puestos oficiales de toda clase y espere, entrando al Museo con una obra por cada año? Por ser precisamente nulidades absolutas, burocratas del arte, que ni una labor manual saben y quieren — y esto es lo más grave — realizarla bien. Para ello les falta cariño, adhesión calurosa hacia la tarea cotidiana — calidades conuas en el más ínfimo menestral desempeñando el más agobiador trabajo. Posee más una chispa de artista un carpintero, un mecánico, un labrador, quienes aman su oficio, que estas parvas de inútiles y parásitos. No estudian ni desean hacerlo; no aprenden ni tampoco les importa si saben cómo aprender; no se informan y no anhelan enterarse de cualquier novedad que pudiera ofrecerles margen a la reflexión fecundadora. Y luego, administran los asuntos artísticos con el criterio de sus entendederas mediocres. Redivivos Tarquinos, si este rey romano quería nivelar a las espigas de los campos y las mentalidades de sus súbditos, aquéllos hacen pasar por sus estrechas entendederas las creaciones de los demás. Si ellos ven chico y mezquino, sólo cabrá la obra chica y mezquina. Las otras, extralimitándose de esa parva medida, serán desechadas y relegadas en el último rincón, sin luz y semiescondidas. El conjunto y la selección de las obras del presente ciertamente los retrata acabadamente. Son ellos, los que se desdoblan hasta el infinito en todos esos cuadros y esculturas, despidiendo un olor enervante a mediocridad fosilizada, y no los expositores. A éstos no les cabe la peor culpa.

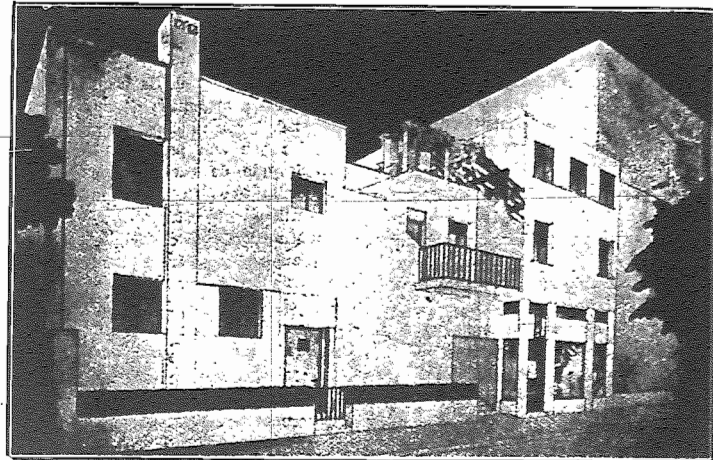
Llegó el día de batirse por la dignidad del arte y contra quienes le desdoran y empañan con sus expresiones espurias y con premeditadas vistas a la despensa. Sin generosidad de espíritu ni un desinterés ideal, no hay poesía en arte ni en nada.

Hay que meter en la misma carretada a los jóvenes orfebres y maestros ñoños y envejecidos, a los viejos igualmente banales y a la tanda de sus interesados corifeos, que son su coro y séquito en espera de algún hueso para roer.

El primero y segundo premio de escultura; el segundo de pintura y los adjudicados en la sección de arquitectura, serían una descalificación decapitadora — hundiéndolo en el silencio a esos estafermos en cualquier país que no fuera el nuestro. Este último episodio es el fastial que remata la columna miliaria de sus garrales ineptias. En raros años se sumaron tantos y tantos desaciertos.

La escultura

Un salón como el que aquí realiza certámenes anuales y que vive y se sostiene por medios artificiosos y no muy limpios casi siempre, ha de crear, en lógica parábola, un ambiente artificial de flora anémica y de invernadero. Esas inyecciones periódicas de dinero, son como las bolsas de oxígeno aplicadas a un agonizante. No es con dinero como se protege el arte, sino con la enseñanza viva de los maestros. ¿Los hay entre nosotros? No nos referimos a los profesores, ni a los estetas que eyaculan sus lucubraciones pastosas y turbias, sino al maestro espiritual, que enseña con amor y no por deber o paga. El único que tuvimos fue Mañarro. Pero como en otra publicación desarrollamos esta misma idea con más



E. E. VAUTIER y A. H. PRESBICH — Grupo de casas de renta en Belgiano

amplitud, no hemos de extendernos más, aunque era necesario se la apuntara sumariamente para descubrir la causa íntima de esta mezquina pacatez general, que como un aire de familia envuelve a todas las obras expuestas en las salas del Retiro. Hasta las mejores denotan que se pintó, se esculpió, no con un afán de desinteresada búsqueda para aprender y estudiar, sino para hacer lo mejor posible. Esta es la falla que reside en la raíz moral, en el íntimo *porqué* que vivifica y anima la expresión del artista, más que en la faz exotérica, como a la mayoría le parece.

Las escasas obras que victoriosamente se zafan de ese nivelador aire de familia, son por el poderoso impulso de una personalidad definida, que sabiendo lo que se propone y quiere, lograra realizar más o menos el tema, siempre en la tendencia de una unidad orgánica, para crear algo viviente. Son aquellos que *con grande*. No de tamaño, y sí por volúmenes y planos plásticos.

En la sección escultura no pudimos hallar más que dos artistas que por educación e instinto hayan desarrollado la facultad de abarcar la totalidad de la composición escultórica y tratara arquitectónicamente. Son Falcini y Curatella.

Ingres se preguntaba: *Pourquoi ne fait-on du grand caractère? Parce qu'on lui d'une grand forme on en fait trois petite*. Traducimos: "¿Por qué no se crean grandes caracteres? Porque en vez de realizar una forma grande se la empuqueñece." Es lo que nosotros llamamos *ver grande* que diferirá completamente de quienes des cuidan el carácter general de una obra, empleando el procedimiento elusivo del empuqueñecimiento de las formas. Este reza tanto para una cabeza, un torso, como con la agrupación de dos o tres figuras.

¿Qué es una escultura si no se organiza en carácter y la rige un ritmo general? *Biblot* de menor cuantía y tamaño, con algunas partes fragmentariamente bellas, pero son fetos de una creación frustrada.

Y casi todos los envíos adolecen de ese desconocimiento absoluto de lo que es en sí el problema de la composición. Todos merodean alrededor de ella, sin penetrarla en su esencia. Muchos se han reído ante el bajo-relieve de Curatella Manes; quizás si se hubiesen reído menos y reflexionado un poco más, a estas horas habrían aprendido lo que bastante falta les

hace. Lo mismo decimos por las obras Falcini.

Al autor de "Lancelote y la reina Genevieve", el jurado, para castigarle y darle en penitencia, le relegó su bajo-relieve al fondo de un corredor de mortuaria luz, colgándolo, malgrado ellos, a la altura.

Creemos que si estos cuatro miembros que como bichos curiosos se les podría hibir en el Zoo, no rechazaron esta obra por mediar el antecedente de haber expuesto en la "Exposición Universal Artes Decorativas" de París y también por la reproducción en las páginas de revista "L'Amour de l'Art" subrayada y *juciosos elogios de los críticos de más* lor de aquella capital.

Al querer inferirle a Curatella un grandísimo daño, le hicieron el mayor bien. Esa soledad penitente le favorecía. Sol ese muro, era este bajo-relieve la alegoría de la forma vivificada por un gran car-

ter. La ternura ruda y viril, puesta por el artista, le hacía cobrar acentos nobles y puros a la tragedia eterna del amor. Pero sobre y por encima de este sentimiento inicial de toda obra de arte, el problema de luz y sombra había sido resuelto magistralmente por la contraposición armoniosa de largos planos y volúmenes agudos u obtusos. La justeza de esos valores daba suavidad de terciopelo a las formas, desprendiéndose de ese continuo e infinito una sensación de poema. Es esta una tosquedad de extrema delicadeza interior. Esta obra, orgánicamente rudimentaria, creemos que de ser la iniciación, el comienzo para Manes de otras y mayores realizaciones.

Nunca los jóvenes orfebres hubieran podido sentir este soplo de pasión y poesía que alienta esa composición. Ellos, los catadores del detalle, de la bonitura fragmentada.

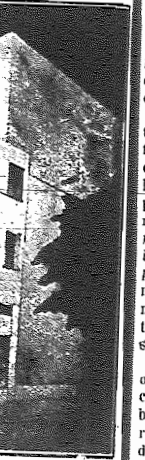
El villano combate llevado a cabo contra este desdichado bajo-relieve, nos induce a darle la preferencia, postergando al momento los otros envíos.

Empleando una opesta técnica a la vanguardia estilización de Manes, consiguió el autor de "Fiamma Extinta" las grandes líneas y la caracterización del tema que se propone desenvolver. Su modelado a grandes planos plásticos, le otorga una estructura arquitectural a su figura. Como ella fija y detiene el dinamismo que agita la gestualidad retenida. Quizá ramados detenernos un segundo sobre la batida cuestión del movimiento en la escultura. En esta obra la pose violenta, el gesto expresivo y calculadamente desechado para que este recogimiento cobrara una intensidad inusitada. Es la tensión nerviosa del acecho. El esfuerzo de la atención contrae toda la figura. Son fuerzas en reposo, y por ende eternamente en movimiento. El gran acierto de esta escultura es imbuirnos con esta impresión de expectativa; que es uno de los instantes más fascinantes y más interesantes de este juego. Haber logrado esto es ya un triunfo. Todos los planos huyen hacia un ritmo indefinido. Si a Curatella le era impronunciable solucionar un problema de claroscuro por un solo plano total, Falcini tuvo que resolver un problema de movimiento por la multiplicidad de los planos. Fue su única preocupación, y en este caso no debía ser otra. ¿Habría comprendido esto sus críticos y sus gratuitos heridores? Por cierto no tuvieron tiempo

por las obras
ote y la reina
ra castigarle y
relegó su bajor
rredor de morte
rado ellos, a fue

cuatro miembr
os se les podria
hazaron esta ob
cedente de habee
ción Universal
Paris y tambie
las páginas de
Art" subrayada p
críticos de más

Curatelia un gra
o el mayor bie
le favorecía. Sol
o-relieve la aleg
por un gran caz



L. FALCINI — "La Madre"
(Variación del dolor)

ni voluntad para observar, meditando. cuál idea había dado pie a la creación de esta figura de atenta gravedad.

Los que juzgan con un criterio unilateral a ambos artistas, cometen el error flagrante de incomprensión. Y cuando se discurre del modelado de planos y de volúmenes, quizás Falcini, instintivamente plástico, siga el consejo de Ingres, quien recomendaba esto: *pour arriver à la belle forme, il faut modeler rond et sans détail inférieur, car la belle forme ce sont des plans droit avec des rondeurs*. Traducimos: "para llegar a la belleza de la forma, es necesario modelar redondo, sin detalles interiores, pues las bellas formas son planos derechos redondeados".

Es lo que revela el estilo general de la obra, tan acerbamente contrastada. Otra cualidad no desdeñable es la serena nobilidad de actitud, casi religiosa, que parecería hallarse refida con tan trivial deporte. También en esto, a propósito se quiso huir del bibelot y del pisapapeles. Para algunos este irrealismo, esta prosaica inverosimilitud, es chocante y anacrónica y se hubiese querido que una jugadora de tennis vistiera de poltrita corta y a la moda... Nos parece que son las deleznales opiniones de sastres y de modistos. De aquí a una veintena de años esta figura se podrá burlar de esa moda transitoria y también de las venideras.

Terminaremos en el próximo número. At.

Reflexiones ante la entrada de un palacio

He aquí la entrada principal de un palacio. En los días festivos; atacada de un mal servil, toda la ciudad, con una especie de temor, se allega a las puertas sagradas. Anotado su nombre y título, se dispersan los visitantes hacia sus casas. tan profundamente contentos de sí, que se piensa que en esto está su misión. En los días hábiles esta lujosa entrada hallase asediada por gente humilde: peticionantes y buscadores de puestos, y el anciano y la viuda. De ella y hacia ella, continuamente, por las mañanas, los ordenanzas corren con papeles. Volviendo, unos cantan: "tram-tram". Y otros peticionantes lloran.

He visto una vez: Llegaron campesinos, gente aldeana rusa; rezaron hacia la iglesia y parécense de lejos, el cabello albino sobre el pecho. Apareció el portero. "Permitenos verla", dicen, una expresión de esperanza y dolor. Observólos él: feos a la vista, quemadas las faces y las manos, raídas chamarras en los hombros, alforjas sobre las curvas espaldas, la cruz en el cuello y sangre en los pies calzados con alpargatas caseras. (De fijo caminaron mucho ellos, desde algunas provincias lejanas). Alguien gritó al portero: "Échalos, al señor no le agrada la plebe andrajosa". Y cerróse la puerta. Esperaron. Y abrieron las bolsas, el portero no tomó el pobre óbolo, no les dejó entrar. Y se fueron, quemados por el sol, repitiendo: "¡Júzguelo Dios!", abriendo las manos, desesperados. Y cuando yo pude verlos, iban con las cabezas descubiertas...

Y el dueño del lujoso palacio aún estaba entregado al profundo sueño... tú, que consideras vida envidiable la embriaguez con la adulación desvergonzada, el libertinaje, la glotonería, el juego... ¡Despierta! ¡Hay otro placer más! ¡Llámalo: en ti está su salvación! Pero los felices están sordos al bien... No te arredran los rayos del cielo y los de la tierra los tienes en tus manos... Y llevan estas gentes anónimas una inabarcable pena en sus corazones. ¿Qué es para ti ese dolor que clama? ¿Qué es para ti ese pobre pueblo? La vida que para ti corre en fiesta eterna, no te permite volver en ti. Y para qué? La dicha del pueblo llamas pasatiempo de jóvenes ociosos. ¡Sin él vivirás con fama y con gloria morirás! En idilio tranquilo concluirás los días seniles, bajo el encantador cielo de Sicilia, a la sombra de los árboles aromáticos, contemplando el sol de púrpura sumergirse en el mar azul, cubriéndolo de franjas doradas. Adormecido por la cariñosa canción de la ola mediterránea, como niño, te dormirás, rodeado de los cuidados de la amada familia. (Que tu muerte espera con impaciencia). Traerán aquí tus restos para honrarlos con homenajes fúnebres y descenderás a la tumba... héroe, en voz baja maldecido por los parias y exaltado por la alabanza ruidosa. Además, ¿por qué a semejante personaje molestamos por gentes pequeñas? ¿No será mejor descargar sobre ellas nuestra furia? Es menos peligroso... y regocijante encontrar consuelo en algo. No importa que el campesino sufra, así lo indicó la Providencia que nos guía... ¡Además, está acostumbrado! Pasando la barrera, en la taberna humilde, todo se lo beberán los pobres, hasta el último rublo; e irán limosneando por el camino, y gemirán:

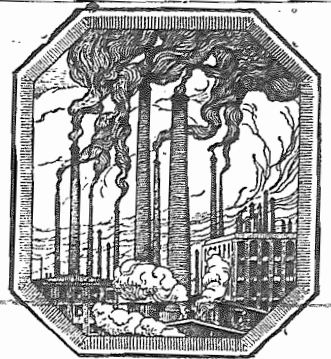
"¡Tierra nuestra! ¡nómbrame tal viendo, que no vi sembrante rincón donde tú, sembrador y guardián, donde el campesino ruso no gimiera! Gime él por los campos, por los caminos, gime él en las cárceles y prisiones, en las minas a la cadena de hierro, gime él bajo la parva, el montón, bajo el carro, peroactando en la estepa. Gime en su propia pobre casucha. La luz del sol de Dios teme; gime en cada pueblo lejano a la entrada de palacios y juzgados. Sal al Volga: ¡el gemido de quién se extiende sobre el gran río ruso! Este gemido llaman canción entre nosotros. Son los *buracs* (1) que van a la cuerda!... ¡Volga! ¡Volga! En primavera no inundas de agua los campos como de la gran pena del pueblo. ¡Se colma nuestra tierra! Donde está el pueblo allí hay gemido... ¡Ea, querido! ¿Qué significa este tu gemido interminable? ¿Despertarás lleno de fuerzas, u, obedeciendo

a la ley del destino, todo lo que has perdido ya has hecho, creaste la canción semejante al gemido, y espiritualmente te dormiste para siempre?

N. A. NEKRASOV

Traducido del verso ruso por Julio Company.

(1) "Burac": nombre que se daba a los trabajadores que en otros tiempos arrastraban a cuerda los buques sobre el Volga, y cuya vida, llena de privaciones y privaciones, comparable a la de los condenados a trabajos forzados, llevaba su nombre, como el de los "coolies" chinos, fuera sinónimo de todo lo que significa amargura y dolor.



La superstición del talento

Decididamente la pintura es algo que debe ser superado. Porque muchos críticos de otros tiempos la confundían con la literatura y no juzgaban en un cuadro sino las intenciones del sujeto escrito y el mayor o menor parecido entre el objeto pintado y el objeto representado, hubo una rebelión, ¡con cuánta razón!, contra la pintura literaria y contra la sosería naturalista.

Pero resulta que ahora es preciso exaltar únicamente cualidades materiales de la obra de arte y despreciar las cualidades del hombre que la usa para expresarse. El artista es él mismo su verdadero asunto. Reducir el arte a traducir una sensación de un momento, es, bajo color de sinceridad, una forma de abdicación propia, tan desgraciada como la que consiste en contar friamente una anécdota o parafrasear un asunto literario. Pero no buscar en la pintura — como se hace cada vez más — sino el placer sensual de los ojos; no quererla sino decorativa, es ignorar la parte que toma el alma en las satisfacciones estéticas, es hacer psicología de principiante, someter una de las más complejas operaciones del espíritu a inexactas categorías. ¿Qué importa en una obra de arte la verdad o la fantasía, el sujeto literario o la ausencia de sujeto, si yo no encuentro viviente una emoción de hombre? Hay demasiadas pinturas que no tienen alma. A fuerza de querer ser personales, originales, libertados de toda influencia, los jóvenes ar-

tistas han llegado a enorgullecerse de las menores singularidades de sus técnicas improvisadas. Su ambición es la de no ser sino pintores y de no deber su superioridad sino a los *tons de force* de pintura que creen haber realizado. Es a lo que Remy de Gourmont llamaba la *superstición del talento*. La ausencia de toda técnica tradicional, de todo oficio enseñado, corresponde, entre los jóvenes pintores, a una especie de virtud desordenada que destruye, queriendo exagerarla, la frescura de la expresión individual.

Esto se ve bien en el Salón de los Independientes (de París). Las telas de sujeto anecdótico o literario son raras, pero las investigaciones teóricas y técnicas abundan: el esfuerzo de pintura pura es considerable y notablemente variado. ¿Quiere decir esto que los resultados sean mejores? No basta querer ser nada más que pintor para serlo superiormente. El ejemplo de un Cézanne o de un Vuillard no destruye nuestra opinión. Porque si bien es cierto que ellos no sacan sino de los recursos propios de su arte los medios con los cuales nos emocionan, es preciso notar cuál es el aporte de su sensibilidad de hombres, con qué pasión se esfuerzan por encontrar a los espectadores de la naturaleza equivalentes exquisitos o suntuosos, con qué fervor se aplican a no dar de la naturaleza sino el admirable reflejo que encuentran en sí mismos.

El dulce, el noble artista que es Julio Plandrin, y Charles Guerin, de talento al mismo tiempo ponderado y romántico, no se dejan dominar demasiado por preocupaciones abstractas de factura y de método? Matisse, a quien sabemos maravillosamente dotado para percibir y dar simplemente las bellezas de la naturaleza, no hace sino traducir apenas esquemáticamente teoremas de pintura. Amo, en cambio, que la Marva nos muestre toda la frescura de su alma, esos lindos rosados, esos verdes crudos y simples, toda esa poesía ingenua de las figuras candidas y sus notas sonoras de bermellón, confesión de pasión y de orgullo. Amo que Rouault se extienda describiendo con acentos trágicos, sangrientos y sordos, la fealdad de los prostituidos: a pesar de los títulos que da a sus telas, no lo encuentro licencioso ni literario y su crudeza me impresiona. Pero no tengo sino indirecta referencia para los pintores, ¡ay! mediocremente pintores, ¡ay! demasiado numerosos, que sobre una tela o sobre un cartón dejan caer sin gracia algunas gotas de esencia, algunos trazos de pastel, un supremo matiz, un acorde inédito y es todo! y que nos presentan en un cuadro esa preciosa nada con toda la suficiencia del genio.

Demasiados bellos colores son sin alma; demasiadas bellas formas carecen de vida; ni emoción ni amor a la naturaleza. Llego a pensar que nuestras alegrías y nuestros dolores valen más que todas las falsas ciencias y las vanas teorías. ¡Coraje, y pongamos de todo esto en la pintura! escribía Corot a propósito de una enfermedad que soportaba cristianamente como una prueba (carta a Auguin). Y decía también: "Interpreto con mi corazón tanto como con mis ojos". ¡Y qué ojos! Sin embargo, ¿ha habido nunca un pintor más pintor que Corot? ¿No es en



LUIS FALCINI — "Jugador de Tennis".

La crisis de la humanidad y el esfuerzo anarquista

(Conclusión)

En cuanto a la *anarquía* ¿ha hecho todo lo que le era posible durante este tiempo? Ha tenido tantas abnegaciones heroicas conocidas o modestamente ocultas, ha ejercido una crítica incisiva a la castración del socialismo autoritario, ha tenido un nuevo período de gran florecimiento *después de la Internacional y de la Comuna* — los años del 1º de mayo de 1890 a 1894 principalmente, interrumpidos por una represión internacional general. Pero si el movimiento se repuso pronto, ya en 1895, me parece que fué menos vasto y amplio desde entonces, que trataba demasiado de ser práctico, que creyó excesivamente haber hallado en el sindicalismo revolucionario una vía directa y segura, que descuidó en lo sucesivo demasiado la continuación del estudio, que por ejemplo la cuestión individualista apenas planteada no fué discutida a fondo y con buena voluntad, sino más bien descartada por las divisiones y los sentimientos de acritud mutua, lo que nunca es una solución a una cuestión. Sea lo quiera, el movimiento de ideas no se expansionó tan vastamente después de 1905 como antes y no ha sabido dejar una impresión duradera sobre los años de la guerra misma y ni siquiera en estos años terribles de la post-guerra en que la *autoridad* de la guerra infestó directamente al socialismo, envenenándolo como lo testimonia la mentalidad bolchevista, siempre en curso. El anarquismo como factor intelectual y moral se ha hecho oír demasiado poco y sabemos que en tanto que factor de número, de masa, no interviene; este último hecho no tiene ninguna importancia, porque no se puede ser a la vez vanguardia y gran masa, pero una idea puede hablar altamente si tiene algo que decir, por poco numerosos que sean sus portavoces. El anarquismo tenía muy poco que decir; subrayó el desastre capitalista, el desastre bolchevista y socialdemócrata, pero la voz de Casandra no es, por mucho que hable la verdad, la voz que arrastra, que estimula, que sabe tocar los espíritus y los corazones y les hace salir de su entorpecimiento. También ahí, según mi impresión, hay desharmonía entre la amplitud de la idea anarquista y su presentación actual; las buenas voluntades no faltan, pero parece que se patina sobre el mismo lugar.

Es que se concibe justamente que las ideas elaboradas sobre todo en los años 1850-1900, época de Proudhon (1809-70) y de Bakunin, de Reclus (1839-1900) y de Kropotkin, no corresponden ya a todos los desarrollos presentes y que no se dispone ya de trabajos verdaderamente pro-

el que se encuentra lo mejor con la variedad, abundancia y espontaneidad, de pura "substancia pictórica"? Nada menos literario que su obra, sobre la cual se ha hecho por otra parte tanta literatura. Ahora bien, en sus estudios más directos del natural, en sus figuras tomadas del modelo más prosaicamente vestido; que plete una usina, un árbol o el motivo más vulgar, — no hay nada donde no aparezca su bella alma de idealista. Es que él ponía de "todo esto" en su pintura. En el libro tan ferviente de Moreau-Netalon, monumento definitivo elevado a la gloria del maestro, se percibe, al correr de esa noble existencia, la última correspondencia entre la vida del hombre y su obra, entre sus cualidades morales, su simplicidad, su bonhomía, su altura de alma y la "poesía de sus cuadros. Todo pintor que no es en cierta manera un poeta es un mal pintor. Es necesario pintar como Corot, con los ojos y el corazón. Y posiblemente convendría mejor que la Razon quedara más a menudo detrás de la tela. (1).

MAURICIO DENIS

1906.

(1) El período artístico que motivó este artículo recién parece comenzar entre nosotros.

fundos sobre los acontecimientos de nuestro tiempo. Y se apercibe uno igualmente que la mentalidad de los indiferentes de este tiempo ha cambiado de tal modo que no es ya posible hablarle como se hizo en otro tiempo. El indiferente de hace 30 ó 60 años tenía sus prejuicios, su ignorancia, pero a menudo su cerebro estaba abierto; se acordaba de 1848, de la Comuna y se le podía hablar. El *hombre* en la calle de nuestros días está relleno de lo que lee desde hace treinta años en el periodismo amarillo (*Daily Mail*), de lo que ha visto en todos los cinematógrafos, de lo que, nuevo *civis Romanus*, habituado al circo de los gladiadores, ha visto como contemporáneo de tantas celebridades del deporte y del box; es además el patriota cuyo cráneo fué relleno por la propaganda de todas las guerras — ¿qué queremos que lo que han dicho Kropotkin y Reclus, que lo que dice aún Malatesta, signifique para este hombre? — es ya mucho si no se hizo fascista militante y nos apalea.

¿Qué hacer entonces? ¿Soy yo solo peñista? Veo, por ejemplo, en *Freedom* (julio-agosto de 1925) al camarada inglés W. C. Owen constatando esto: "Como las cosas van, el hombre en la calle no se da cuenta de que el monopolio de la tierra le ha desheredado, piensa que sin un patrón rico moriría de hambre o, si es socialista, cree que el único remedio a los males reconocidos es hacer del Estado el capitalista universal. Sobre dos puntos tan simples como esos hay una gran necesidad de una propaganda de esclarecimiento... Lo que falta es una agitación resonante amplia y persistente, basada en la explicación más sencilla posible de principios y hechos, simples que todos puedan comprender". Había dicho antes que, por ejemplo, el monopolio de la tierra no será destruido en favor del acceso libre e igual al depósito inagotable de la naturaleza, antes de que el pueblo sienta profundamente que ese monopolio lo condena a una esclavitud intolerable — y lo mismo que la libertad de palabra no será realmente adquirida antes de que se reconozca generalmente que el derecho a la expresión de su propia personalidad es a la vez la cosa más preciosa de la vida individual y el primer factor esencial del progreso colectivo. — Eso corresponde a lo que yo había dicho en 1914, que "una ola inmensa de sentimiento anarquista real" era la primera cosa que había que crear y que los detalles económicos y otros sobre los cuales discutimos tanto, eran de orden secundario.

Creí que los años de la post-guerra producirían automáticamente, por repulsión de la autoridad detestable que se manifiesta más malevolamente que nunca, un despertar del sentimiento libertario, una sed de verdadera libertad. No ha sido así; o bien el esfuerzo anarquista iniciador era demasiado débil o estaba mal dirigido — o las masas están hasta tal grado lejos de la necesidad de libertad que les hace falta un período más largo de curación intelectual y moral de lo que yo había creído. Existe también ese factor incalculable, el ejemplo ruso, que fascina precisamente a los que menos saben de él, que absorbe energías que sin él habrían podido ser ganadas para la verdadera causa revolucionaria; ese ejemplo ruso agrega los últimos retoques a la confusión y a la paralización de los movimientos actuales.

Hay aún, sobre todo en Europa y en América del norte, un número creciente de pequeños movimientos nacientes dirigidos hacia una vida solidaria, al margen del Estado, impregnada en diversos grados de buena voluntad internacional, de necesidades artísticas, de acercamiento a la naturaleza, en suma inspirados por el deseo de alejarse de la sociedad brutal, empantanada o en descomposición que estamos forzados a sufrir, a flaquear más o menos. Esos movimientos testimonian que hay gentes a quienes el sistema actual disgusta, a quienes el bolchevismo no atrae, pero que, conociendo muy poco la anarquía, obran a su propio modo, extraviándose a menudo y cayendo de la

desilusión en la desesperación o en la indiferencia, sino en un extremo opuesto. También entre ellos se hace oír muy poco nuestra voz; la anarquía es infinitamente superior a todos esos tanteos, pero no haría bien en despreciarlos y en no prestarles atención. Debería saber escuchar e impulsar inteligentemente hacia adelante todo ambiente de buena fe, por imperfectas que sean sus concepciones actuales.

Así, para volver al análisis general de la situación presente, las fuerzas del mal dominan las fuerzas técnicas y las riquezas del globo, sabotean la inteligencia y arruinan la moral de las poblaciones de todos los países, y las energías inspiradas por el socialismo y la anarquía *contra un estado que no les permite la resistencia efectiva* — ya sea por estar ligadas al sistema actual (socialdemocracia de todos los países y sindicalismo oficial, moderado, ya sea por ser gobierno ellas mismas (bolchevismo), o sea porque son muy débiles y carecen de un contacto vivo de gran aliento con las masas (sindicalismo revolucionario y anarquistas). Es fácil sacar la conclusión de que en esas circunstancias todo va de mal en peor.

Es también posible ver donde se encuentra la fuente de ese mal. Al menos yo la veo en el predominio de los intereses políticos y económicos en el socialismo, la ralea del poder y la vuelta al Estado, al odio y a la guerra por consiguiente, mediante los intereses económicos — y en la estabilización y la restricción de las ideas anarquistas igualmente: porque no quisiera cultivar en este punto un optimismo superficial y liviano. Los lazos que nos ligan a nuestros contemporáneos se han vuelto demasiado débiles; sería preciso reforzarlos. La idea anarquista quiere entrar más de lo que lo hace hoy en escena. Y para eso debe ser presentada amplia y bella como es, desprovista del detalle que acumuló una especulación demasiado dogmática. Ante todo es preciso resucitar la corriente hacia la libertad, el conocimiento de sus bellezas, el deseo de verla realizada.

Esa es una labor del dominio intelectual, moral y estético sobre todo. ¿Cuán fea es la autoridad, cuán malvado es un autoritario, cuán imbécil es una autoridad! Esos tres hechos nos son conocidos por cien mil ejemplos y cada periódico que se abre, cada discusión a que se asiste, ofrecerá hechos nuevos. Es en eso en lo que hay que insistir por una propaganda físcante, y luego mostrar cuán bello es un ser libre, un árbol hermoso, un pájaro, un niño no sometido aun al pedantismo educativo, un hombre, una mujer altivos, independientes — y cuán bellas son la bondad y la solidaridad y la reciprocidad — y qué bellezas y atracciones presenta la ciencia, la investigación, el experimento, el estudio. Insistir sobre eso no es ni predicar ni abrir puertas abiertas, — es hacer caer las escamas de los ojos ciegos, es inspirar cerebros y corazones humanos. Eso es, apoyado sobre mil ejemplos que pasan alrededor de uno, el medio de impulsar hacia adelante, de despertar la curiosidad, luego la sed de libertad o de constatar que un individuo es verdaderamente demasiado degenerado, está demasiado embrutecido para ocuparse de ella y que por un tiempo indeterminado escapará a las influencias humanitarias. Distribuid los hombres según esos criterios y luego avancemos. Si existiera esa base intelectual, moral y estética, entonces aplicaría cada cual por sí mismo a toda idea económica el criterio de la libertad, de su libertad tal como la sueña y formulará por sí mismo su solución económica y eso basta para largo tiempo. Más tarde la experiencia mostrará el valor de esas diversas soluciones personales; nosotros no hemos llegado a ese punto.

Tales procedimientos podrían contrabuir a afirmarnos en la atención de la parte que no ha sido abismada aún en el mundo contemporáneo. La antigua rutina no basta ya — fué impotente ante los acontecimientos que se sucedieron, a cada vez más impotente ante la voltereta acelerada sobre el plano inclinado, a la cual asistimos. No desprecio ninguno de los esfuerzos anarquistas presentes, salvo cuando se pierden sea en un dogmatismo que cree poder anticipar lo que sólo la experiencia podrá enseñar o en una polémica que investiga inútilmente por qué esto o aquello está lejos de un estado de perfecta perfección; todos estamos lejos de esa perfección, y no nos compete a nosotros el tratar de alcanzarla — *no somos más que los primeros artesanos que cavamos los cimientos de la futura anarquía y estamos en ropa de trabajo*. Por consiguiente, vale más apresurar la labor que cincelar nuestra perfección personal o la de nuestros vecinos o camaradas.

Saludo todos los esfuerzos bien dirigidos pero me atrevo a pensar que es preciso un poco más aún, un impulso, un ímpetu, una iniciativa nuevos que hagan que la anarquía vuelva a ocupar su puesto a la luz del sol, que tanta falta le hace en estos últimos años en que las sombras se espesan. Habló y apeló siempre bastante a la necesidad económica, no habla bastante al sentimiento intelectual, moral y estético de los hombres. La anarquía tiene su puesto en todo valor — la ciencia, la bondad, la belleza tienen la libertad por base, — es fácil de demostrar y todos lo comprendemos, pero el mundo lo ignora. Hablemos más altamente sobre ese terreno, no con grandilocuencia sino con la prueba seria, el análisis de los productos de la libertad comparados a los de la autoridad — dogma, odio, fealdad uniforme y rutinaria. Siendo poco numerosos, ¿por qué no utilizar en el más alto grado el arma de la *idea* que poseemos? Sembrando prolijamente el sentimiento anarquista, ampliando la corriente de la idea anarquista, primero un pequeño mundo, luego un gran mundo estará con nosotros y lo que entonces haremos sobre el terreno económico, sea de organización, sea de acción directa, sea de experimentación, tendrá otra enjundia que lo que podemos hacer ahora, cuando transcurran los años y su balance — ¿es verdaderamente muy glorioso? — Por consiguiente, siendo más numerosos y más penetrados por la idea, podemos tratar de agrupar todo el mundo obrero, todo el socialismo extraviado, en estos dos actos tan simples y que barrerán un día el sistema capitalista y estatista: *rehusamiento del trabajo para el capitalista, desobediencia al Estado*, donde resultará la caducidad del capitalista y del mundo parasitario que constituye el Estado. Cuando el pueblo dice *caducidad*, eso es más fuerte que la revolución misma, porque la revolución reconoce un adversario, la *caducidad* no lo ve siquiera más y se apresura a abandonarlo.

Si hay otros caminos para llegar a ese fin en las condiciones presentes, confieso que no los veo, — no veo más que dos eventualidades: la continuación de año en año de nuestra rutina presente que ni enfría ni calienta o una renovación con el apoyo de una fuerza demasiado descuidada, la idea, nuestra idea anarquista presentada altamente en toda su belleza radiante. Hay que hacer un esfuerzo en todas partes.

Maurice Netel

31 de julio, 1925.



s podrían contri-
la atención de
abismada aún
o. La antigua
se impotente ante
se sucedieron, e
ante la voltereta
no inclinado, a
precio ninguno de
as presentes, sa-
sea en un dogma
tiptar lo que sólo
nseñar o en una
inútilmente por
lejos de un esta-
in; todos estamos
y no nos compete
alcanzarla — no
eros arriesgos que
la futura aca-
de trabajo. Por
apresurar la la-
a perfección per-
vecinos o camara-
erzos bien dirigi-
ensar que es pre-
un impulso, un
nuevos que hagan
a ocupar su pun-
tanta falta le ha-
s en que las som-
y apelo siempre
el económica, no
nieto intelectual,
hombres. La an-
en todo valor —
belleza tienen la
ácil de demostrar-
s, pero el mundo
as altamente so-
grandibocencia,
la, el análisis de
rtad comparados
dogma, odio, feal-
ría. Siendo poco
no utilizar en el
a de la idea que
prolijamente el
ampliando la co-
uista, primero un
n gran mundo es-
que entonces ha-
económico, sea de
ción directa, spa-
drá otra enjun-
nos hacer ahora,
años y su balan-
te muy glorioso?
ado más numero-
or la idea, podo-
todo el mundo
no extraviado, en
bles y que barre-
capitalista y esta-
trabajo para el
a al Estado, de
idad del capita-
tario que consti-
el pueblo dice
uerte que la re-
la revolución re-
caducidad no lo
esura a abando-
para llegar a
as presentes, con-
mo veo más que
continuación de
rutina presente
o una renova-
fuerza demasia-
nuestra idea an-
ente en toda su
e hacer un es-

San Carlos Marx en Moscú

A la larga lista de los lugares de peregrinación para los turistas desocupados y ricos, se agrega ahora el templo de San Carlos Marx en Moscú. Las viejas leyendas de nuestra señora de Lourdes, de la Pilarica de Zaragoza, de la virgen de Covadonga, de la tumba de Cristo en Jerusalén, etc., etc. son demasiado ingenuas y demasiado ridiculas para el siglo en que vivimos, siglo de la teoría de la lucha de clases y de la política social. Es preciso cananizar personalidades más en armonía con los tiempos que corren. La dignidad proletaria así lo exige; el mantenimiento en las masas de las viejas ilusiones de la hagiografía cristiana, contradice la fórmula bolchevista del *fronte único*. Ningún santo católico ni mahometano o zulú puede aspirar a una representación universal; las viejas religiones no tienen ya fuerzas para sostener el pabellón universalista, esencia de todas ellas. Era necesario inventar algo que ocupase en la conciencia moderna el puesto que dejaron los muertos sistemas religiosos del pasado. La canalía necesita un dios, y si no lo hubiera habría que crearlo. San Carlos Marx y su profeta Lenin vienen a ocupar el puesto de los dioses desaparecidos. El mito de Carlos Marx ha hecho carrera y ha triunfado: San Carlos Marx mora en el cielo moscovita y se irradia por el mundo en diversas formas que sostienen el capitalismo y el Estado mejor que ninguna otra forma directa de reacción. ¡Confiamos que el genio de Satán no será vencido y que la guerra a los dioses no será interrumpida!

En el palacio de los príncipes de Dolgorukof, Malo-Zaam-nski, 5, Moscú, ha sido instalado el Instituto Marx y Engels. El supremo sacerdote es el historiador D. Riazanof, profundo venerador de Marx y universalmente conocido por sus investigaciones históricas sobre el desenvolvimiento del socialismo. Ese es el santuario más impotente que haya sido soñado para deificar a un hombre. En ese Instituto sólo faltan los restos mortales de San Carlos Marx, rehusados por Inglaterra. Pero la riqueza de reliquias es como para asombrar al mundo y no nos resistimos a enumerar algunas piezas de que se compone el santuario.

El Instituto Marx y Engels es tanto más notable cuanto que a comienzos de 1919 en la Academia socialista no existía una colección completa de las nuevas ediciones de Marx y Engels de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Riazanof, encargado de la instalación de ese Instituto, ha sido provisto de todos los medios materiales que deseaba y, buen conocedor de la literatura socialista, de todos los investigadores del socialismo y de todas las bibliotecas socialistas de la Europa occidental, compró cantidades enormes de libros y periódicos; bibliotecas enteras, como la del Dr. Theodor Mauthner, de Viena, y la del profesor Karl Grünberg fueron a parar a Moscú. El dinero abrió todas las puertas y persuadió a los más enamorados de las bibliotecas raras y valiosas. Incluso la gran colección de J. H. Mackay, que podría decirse completa en lo que se refiere al anarquismo individualista, ha ido a parar al Instituto Marx y Engels. Para nosotros, anarquistas, ese santuario marxista ha significado una obra de rapiña de infinidad de literatura anarquista en ejemplares casi únicos, que antes se encontraban en la Europa occidental y hoy figuran en el templo de San Carlos Marx, donde seguramente no desempeñarán la misión que les corresponde. Entre las obras inencontrables adquiridas por el oro bolchevista figura el primer periódico comunista anarquista, *Le Libertaire*, de Dejacque.

Pero veamos algunos detalles:

Gabinete de Marx y Engels: en cinco grandes armarios resistentes, al fuego están todas las primeras ediciones de Marx y Engels (*Rheinische Zeitung*, 1842 a 1843, *Vorwärts*, 1844, *Neue Rheinische Zeitung*, 1848, etc., etc.), todos los periódicos y obras donde Marx y Engels colaboraron materiales sobre la primera Internacional. El orden principal de las

secciones de ese gabinete sagrado es éste: 1) Primeras ediciones de Marx, Engels, Lassalle; 2) Todas las ediciones que aparecieron en vida de los mismos; 3) Todas las traducciones, entre ellas una riquísima colección del *Manifiesto comunista* y del *Capital*; 4) Cartas de Marx, Engels y Lassalle; 5. Manuscritos de Marx y de Engels; 6) Materiales para la historia de la primera Internacional.

Todo eso es el centro, y para su comprensión e interpretación se han organizado una serie de gabinetes circundantes; por ejemplo, un **gabinete para la historia de Alemania**, en donde se encuentran ricas colecciones sobre la historia agraria de la edad media, sobre la historia social y económica de Alemania, sobre la guerra de los campesinos, sobre Münzer, sobre la historia del tiempo del absolutismo, ilustrado; pero la principal colección de ese gabinete es la del movimiento obrero y revolucionario de Alemania y Austria en el siglo XIX; luego viene el movimiento obrero y socialista moderno, desde 1850 a 1914; en Alemania misma no se encontraría en ninguna biblioteca una riqueza tal sobre la historia de Alemania y de Austria. En ese mismo gabinete hay una sección especial sobre la historia de las provincias renanas, que interesaron siempre a Marx.

Gabinete para la historia de Francia. Aparte de las obras de historia general y sobre los viejos movimientos revolucionarios, se encuentran secciones especiales para el tiempo de la revolución francesa y de Napoleón I, con rarísimas colecciones, como por ejemplo, el *Ami du Peuple*, de Marat, casi completo; en ese período de la revolución francesa y de Napoleón I hay subdivisiones para el estudio de Robespierre, de Danton, de Babeuf, etc. Otra sección es la de la historia de la monarquía de julio (1830 — febrero — 1848), otra es la de la revolución de febrero (1848-51), donde se encuentran más de 300 colecciones de periódicos de la época, entre ellos los de Proudhon, los de Considérant, de Delescluze, de Lamennais, etc.; otra la del segundo imperio (1851-1870), otra la de la Comuna de París, con notables colecciones, como *Le Commune* de Felix Pyat; sigue luego la historia de la tercera república y del movimiento obrero después de la Comuna de París.

Gabinete para la historia de Inglaterra, como tal vez no exista otro en Inglaterra misma. En este gabinete está la literatura para la historia de los Estados Unidos.

Gabinete para la filosofía, en donde se puede estudiar la influencia de la filosofía en las concepciones de Marx y Engels. Abarca cinco secciones principales: a) Kant; b) Fichte; c) Schelling; d) Hegel; e) la escuela neohegeliana. Este gabinete de filosofía ocupa tres habitaciones y tiene también literatura sobre lógica, ética, estética, psicología; historia de las ciencias, por países y ramas; metodología y filosofía de las ciencias, etc.

Gabinete para el derecho, también una colección completísima de todas las escuelas jurídicas de todos los tiempos.

Gabinete para la economía política, en todo lo referente al *Capital* y a las obras económicas de Marx y Engels.

Gabinete para el socialismo, donde se encuentra la historia del pensamiento socialista, de los diversos sistemas del socialismo y del comunismo, desde la antigüedad hasta nuestros días. En ese gabinete extraordinariamente rico se encuentran también la literatura anarquista, y entre huecos periódicos más famosos están la *Freiheit*, de Most, el ejemplar de su colección privada, *Le Révolte et Temps Nouveaux*, la biografía de Bakunin en tres volúmenes autografiados, por Max Nettlau, etc.

Gabinete G. Pleckanof, dedicado a la historia del marxismo en Rusia, magistralmente ordenada con todas las fuentes de estudio inagotables.

Gabinete para la sociología, donde se reúnen obras y publicaciones periódicas de esta rama.

Gabinete para la política exterior, un asunto que preocupaba también a Marx y a Engels.

Gabinete para la Internacional, en formación, donde se estudiará la primera Internacional y sus precursores, así como la evolución del internacionalismo, la segunda Internacional, etc.

Todo tiene por fin el estudio de Marx, no para su superación, sino para su consagración. El marxismo forma ya una nueva ciencia o, más bien, una nueva facultad universitaria en Rusia. El Instituto Marx y Engels es una iglesia que, como todas las iglesias, mantendrá el culto al personaje deificado, pero que no creará nuevos valores, sino que confiscará todo pensamiento libre.

Entre las tareas que se impone ese Instituto mencionamos una edición internacional de las obras de Marx y Engels en el idioma original, en unos treinta grandes volúmenes; además, una colección de obras de los clásicos del socialismo actual de la escuela de Marx, — como Pleckanof, Kautsky, Lafargue, Labriola, Rosa Luxemburgo etc.; una Biblioteca de los clásicos de la economía, otra de los socialistas utopistas. Además, edita cada cuatro meses un tomo titulado *Archivo de Karl Marx y F. Engels*, con trabajos de investigación histórica y de ciencia marxista.

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

TURGUENEF

(Conclusión)

Nido de Hidalgos tuvo un éxito inmenso. Se dice que junto con el cuento autobiográfico *El primer amor* era la obra más artística de Turguenef. Esto era verdaderamente exagerado. Su gran éxito se debió, indudablemente, antes que nada, a la gran cantidad de lectores a quienes se dirigía. Lavrezki se ha casado sin ninguna felicidad — con una mujer que pronto se convierte en una especie de pantera parisina de segundo orden. Se separan, y él se une más tarde con una muchacha, Lisa, en la que Turguenef encarnó la personificación de la mujer rusa de la clase media, buena y honesta, de aquellos tiempos. Lisa y Lavrezki se precian mutuamente. Por un momento ambos creen que la mujer de Lavrezki ha muerto — así por lo menos rezaba una noticia de París; pero en cambio ella aparece arrastrando consigo toda su abominable atmósfera y Lisa se retira a un convento. Al contrario de Rudin y Bazarof, todas las figuras de este drama, como el drama mismo, son familiares al lector, y aun solamente por esta razón la novela se dirigía a tan gran número de simpatizantes. Naturalmente, la capacidad artística de Turguenef se manifiesta con notable vigor en la representación de tipos como Lisa y la mujer de Lavrezki, la vieja tía de Lisa y Lavrezki mismo. En el conjunto, el primer artístico y la fina cinceladura, ya de los personajes principales como de los secundarios, y la nota de poesía y melancolía que impregnan la novela, hacen de esta una obra de arte maravillosa y magisterio lo dicho, me aventuraré a decir que la novela siguiente: *La Vigilia*, supera en mucho a la precedente, ya por la profundidad de su concepción como por la belleza de la ejecución.

Ya en Natacha, Turguenef había dado un cuadro vivo de la muchacha rusa, crecida en la quietud de la vida aldeana, pero que en su corazón, en su mente, y en su voluntad tiene ya los gérmenes de lo que impulse a los seres humanos a las más grandes acciones. Las entusiastas palabras de Rudin, su llamada a todo lo que es grande y digno de ser vivido, inflaman a la muchacha. Ella está pronta a seguirlo y ayudarlo en la gran obra a que él se entrega tan ardientemente y sin éxito, pero es él quien se demuestra indigno de ella. Turguenef, ya en 1855 había visto prepararse el tipo de mujer que más tarde tuvo un papel tan importante en el despertar de la joven Rusia. Cuatro años más tarde, en *La Vigilia*, con Elena, presentaba un desarrollo mucho más intenso y completo del mismo tipo. Elena no está satisfecha de la vida oscura e insignificante de su familia y aspira a una esfera de acción más vasta. "No basta ser bueno; hacer el bien — esta es una cosa grande en la vida" — escribe en su diario. ¿Pero con qué gente se encuentra en su ambiente? — Schubín, un artista de ta-

lento, un joven vicioso, "una mariposa que se admira de su miseria"; Bersonof, un futuro profesor, una naturaleza rusa pura — hombre excelente, muy desinteresado y modesto, pero sin inspiración, en todo y por todo privado de fuerza y de iniciativa. Estos dos son los mejores. Hay una escena en que Schubín, paseando una noche de estío con su amigo Bersonof, le dice: "Yo amo a Elena, pero Elena te ama a ti... Canta, canta todavía más fuerte, si puedes, y si no, toma tu sombrero, asoma tu cabeza y sonríe a las estrellas. Todas te miran, solamente a ti te miran. Las estrellas miran únicamente a los que aman". Pero Bersonof, de vuelta a su pequeño cuarto, reabre la "Historia de los Hohenstaufen" de Raumer en la misma página en que la ha dejado la última vez...

Inmediatamente después aparece Insarov, un patriota búlgaro, absorbido por una sola idea, la libertad de su patria; un hombre de hierro, de rasgos rudos, que rechaza cualquier quimera melancólica filosófica y camina derecho al fin de su vida; y la elección de Elena está decidida. Las páginas en que está descrito el despertar y desarrollo de su sentimiento, son de las mejores que hayan salido de su pluma.

Cuando Insarov adquiere de improviso la conciencia de su amor por Elena, su primer impulso es abandonar el suburbio de Moscú, en que viven todos, y después Rusia. Va a la casa de Elena para anunciarle su partida. Esta le ruega que vuelva a la mañana siguiente; antes de marcharse, pero él no se lo promete. Elena lo espera, y como ha llegado la tarde y no ha venido, ella lo va a buscar. La lluvia la sorprende en el camino y tiene que refugiarse en una capilla. Aquí se encuentra con Insarov, y la explicación entre la tímida y modesta muchacha, que advierte el amor de Insarov, y el patriota que descubre en sí mismo fuerzas suficientes para redoblar su energía, le hace exclamar: "¡Te saludo esposa mía, ante Dios y ante los hombres!"

En Elena tenemos el verdadero tipo de la mujer rusa que algunos años más tarde participará con el corazón y con el alma en todas las luchas por la liberación de Rusia: la mujer que conquista su derecho al conocimiento, que reforma completamente la educación de los niños, combate por la libertad de las masas trabajadoras, resiste inmutable las nieves y las cárceles de Siberia, muere en el patíbulo, si es necesario, y continúa aun hoy, con igual energía, en la misma lucha.

Hemos hablado ya de la belleza artística de esta novela. Solamente una cosa puede reprochársele: el héroe Insarov, el hombre de acción, no es suficientemente vivo. Pero, sea por la arquitectura general de la novela como por la belleza de las escenas tomadas separadamente, desde la primera hasta la última, "*La Vigilia*"

pertenece a las mejores creaciones de este género en todas las literaturas del mundo.

La siguiente novela de Turguenef fué *Padres e Hijos*. Fué escrita en 1859, cuando el lugar de los sentimentales y de los "estetas" del pasado, lo ocupó un nuevo tipo de hombre, de la parte culta de la sociedad rusa: el nihilista. Quez no ha leído las obras de Turguenef, probablemente asocie la palabra "nihilista" a las luchas que tuvieron lugar en Rusia en 1870-81 entre el poder autocrático y los terroristas; pero sería un gran error. "Nihilismo no es terrorismo" y el tipo del nihilista es infinitamente más profundo y más amplio que el terrorista. Es menester leer "Padres e Hijos" de Turguenef para comprenderlo. El representante de este tipo en la novela, es un joven doctor, Bazarof — "un hombre que no se inclina ante ninguna autoridad, por más venerada que sea y no acepta ningún principio sin haberlo probado antes". Por consiguiente, adopta una actitud negativa frente a todas las instituciones del tiempo presente, y echa a rodar todos los convencionalismos y las pequeñas mentiras de la vida social común. Va a visitar a sus viejos padres y se detiene en la casa de campo de un joven amigo, cuyo padre y tío son dos tipos representativos de la vieja generación — "los padres" y "los hijos". Este mismo conflicto se mantenía áspera y tenazmente por aquellos años en toda Rusia. Uno de los dos hermanos, Nicolás Petrovich, es un hombre excelente, un soñador un poco entusiasta, que en su juventud ha delirado por Schiller y Puskin, pero no ha tenido jamás gran interés para las cosas prácticas; y ahora vivo en su propiedad la vida ociosa del propietario. Sin embargo quisiera mostrar a los jóvenes que también él tiene muchos puntos de contacto con ellos: trata, por lo tanto, de leer también los libros materialistas que leen su hijo y Bazarof y aún de empujar su lenguaje; pero toda su educación le hace imposible comprender "de una modo realista" el verdadero estado de las cosas.

El hermano mayor, Pablo Petrovich, es, por el contrario, un descendiente directo del Pechorin de Lermontof, es decir un egoísta muy bien educado. Habiendo pasado su juventud en los círculos de la alta sociedad, cree que su deber, aun ahora, en el hábito de su pequeña propiedad, es andar siempre esmeradamente vestido, "como un perfecto gentilhombre", obedecer estrictamente las leyes de la "sociedad", permanecer fiel a la Iglesia y al Estado y no abandonar jamás su actitud de extrema reserva; que no obstante, olvida cada vez que discute de "principios" con Bazarof. El "nihilista" le inspira odio.

El nihilista es naturalmente la negación absoluta de todos los "principios" de Pablo Petrovich. No cree en los principios establecidos de la Iglesia y el Estado y profesa un profundo desprecio para todas las formas reconocidas de la vida social. No puede admitir, absolutamente, que el llevar un cuello limpio y corbata anudada con cierto esmero pueda ser considerado como el cumplimiento de un deber. Cuando habla dice lo que piensa. Sinceridad absoluta, no solamente en lo que dice, sino también consigo mismo, y un sano espíritu de juicio, sin arcaicos prejuicios, son los rasgos principales de su carácter. Esto conduce, evidentemente, a cierta deseada aspereza de expresión, y el conflicto entre las dos generaciones debe tomar necesariamente un aspecto trágico. Esto ocurría en toda Rusia, por aquella época. La novela describe la tendencia real de la época y la actitud de manera que — como fué notado por un crítico ruso de talento, S. Vengherof — la novela y la realidad se influenciaron recíprocamente.

Padres e Hijos causó profunda impresión.

Turguenef fué atacado por todas partes; por la vieja generación que le reprochaba de ser un nihilista y por la joven, que estaba descontenta de ser identificada con Bazarof. La verdad es que en aquel tiempo, salvo raras excepciones, entre las que se encontraba el crítico Pissaref, la joven generación no comprendía a qué se debía Bazarof. Turguenef se había acostumbrado de tal modo a una cierta aureola poética con que circundaba a sus héroes, y el tierno amor que por ellos sentía, aun cuando los condenaba, que no encontrando nada de eso en su

contenido, la ausencia de los aludidos elementos supone una hostilidad del autor hacia su héroe. Además, algunos de los rasgos de Bazarof decididamente nos desagradaban. ¿Por qué un hombre de su capacidad debía mostrarse tan duro y áspero hacia sus padres, viejos, hacia una madre llena de amor y un padre, pobre médico de aldea, que hasta su vejez había conservado su fe en la ciencia? Por qué tenía que enamorarse Bazarof de una mujer tan poco interesante y pretenciosa como la señora Odínova, sin conquistar siquiera su amor? ¿Y por qué en aquella época que en la nueva generación las semillas del gran movimiento por la liberación de la masa estaban ya maduras, por qué hacer decir a Bazarof que está pronto a trabajar por los campesinos? Si alguien viene a decirle que es un deber hacerlo, ¿cómo podría él, con su mente refinada, perspicaz, "escéptica", cometer el mismo error? No, él no se batirá con molinos de viento, no cree en los gigantes, pero no los habría atacado si hubiesen existido. Y si bien Hamlet es un escéptico, si no cree en el bien, por otra parte tampoco cree en el mal. El mal y la mentira son sus enemigos inveterados. Su escepticismo no es indiferente. Pero en la negación, como en el fuego, hay una fuerza destructiva, y cómo tener tal fuerza apasionada, cómo indicarle dónde debe detenerse, cuando lo que está destruyendo y lo que debe respetar están a menudo soldados inseparablemente? Y aquí entra en juego el aspecto trágico — muchas veces mencionado — de la vida humana; para la acción tenemos necesidad de la voluntad y del pensamiento; pero el pensamiento y la voluntad se han dividido y se separan más cada día.

Y en cambio Bazarof era — como lo comprendió enseguida Pissaref — un verdadero representante de la joven generación. Turguenef no quiso — como escribió el mismo más tarde — "dificultarlo" para hacer aparecer un poco más suave a su héroe.

Bazarof — escribió en sus cartas — obscurece, en cierto modo, a todos los otros personajes de la novela. Las cualidades que se le atribuyen no son casuales. Yo quería hacer de él un personaje trágico — de manera que no podía mostrarme tierno. Es honrado, sincero y democrático hasta en sus más pequeños detalles. Y no le encontramos lados buenos... El duelo con Pablo Petrovich Kirsánof está incluido solamente como prueba evidente del vacío de los elegantes y nobles caballeros, llevados casi a una cómica exageración... Bazarof, según mi concepción, es siempre superior a Pablo Petrovich, y no de otra manera, y si se llama nihilista, es menester leer: *revolucionario*. Imagínate de una parte un joven empleado confusionario, y de la otra a un joven idealista — dejó a los otros el hacer tales pinturas. Mi fin era mucho más elevado. Concluyo con una observación. Si el lector no ama a Bazarof más que su torpeza, su falta de corazón, de piedad, y su carencia de delicadeza, la culpa es mía — no he logrado lo que me proponía; pero darle una capa de miel (para usar las mismas palabras de Bazarof), esto no he querido hacerlo aun sabiendo que de esta manera habría conquistado inmediatamente la juventud rusa".

La verdadera clave para comprender *Padres e Hijos* se encuentra, según mi opinión, en su maravillosa conferencia: *Hamlet y Don Quijote* (1860). Lo he hecho notar al principio; pero debo repetir aquí, porque creo que esta conferencia, mejor que cualquier otro escrito de Turguenef, nos ofrece la posibilidad de fijar la mirada en la verdadera filosofía del gran novelista.

Hamlet y Don Quijote — personifican dos particularidades opuestas de la naturaleza humana. Todos los hombres pertenecen más o menos a uno u otro de estos dos tipos. Y con su notable capacidad académica, caracteriza de esta manera los dos héroes:

"Don Quijote siente devoción hacia su ideal por el que está pronto a sufrir cualquier privación posible y sacrificar la vida; aun la vida la valora sólo en lo que puede servir a la encarnación del ideal, para la consagración de la verdad, de la justicia sobre la Tierra... Vive por sus hermanos, para oponerse a las fuerzas hostiles al género humano: magos, gigantes, opresores... Por esto él no tiene miedo, es paciente; está satisfecho con el más modesto alimento y los más pobres vestidos; tiene que pensar en otras cosas... Corazón humilde y mente grande y audaz... ¿Y quién es Hamlet? Ante todo análisis y egoísmo, y por lo tanto falta de fe. Vive únicamente para sí, es un

egoísta, pero creer en sí mismo no es posible siquiera a un egoísta; podemos creer solamente en alguna cosa que esté fuera y por encima de nosotros... Así como duda de todo Hamlet, evidentemente no se limita en las mismas; su intelecto está demasiado desarrollado para permanecer satisfecho de cuanto halla en sí mismo; siente su propia debilidad, pero toda conciencia de su propio ser es una fuerza; de ahí su ironía, que es lo contrario del entusiasmo de Don Quijote... Don Quijote, hombre pobre, casi mendigo, sin medios ni parientes, viejo, aislado, emprende la tarea de remediar todos los males y proteger a los extranjeros oprimidos sobre toda la tierra. ¿Qué le importa si — creyendo luchar con gigantes — ataca útiles molinos de viento? Nada parecido puede ocurrirle a Hamlet; cómo podría él, con su mente refinada, perspicaz, "escéptica", cometer el mismo error? No, él no se batirá con molinos de viento, no cree en los gigantes, pero no los habría atacado si hubiesen existido. Y si bien Hamlet es un escéptico, si no cree en el bien, por otra parte tampoco cree en el mal. El mal y la mentira son sus enemigos inveterados. Su escepticismo no es indiferente. Pero en la negación, como en el fuego, hay una fuerza destructiva, y cómo tener tal fuerza apasionada, cómo indicarle dónde debe detenerse, cuando lo que está destruyendo y lo que debe respetar están a menudo soldados inseparablemente? Y aquí entra en juego el aspecto trágico — muchas veces mencionado — de la vida humana; para la acción tenemos necesidad de la voluntad y del pensamiento; pero el pensamiento y la voluntad se han dividido y se separan más cada día.

Y así, el color natural de la resolución — es oscurecido por el corto alfiler del pensamiento.

Esta conferencia explica claramente, como yo creo, la actitud de Turguenef frente a Bazarof. También él pertenecía en buena medida a los Hamlets. Entre ellos tenía sus mejores amigos. Lo quería a Hamlet, pero admiraba a Don Quijote — el hombre de acción. Sentía su superioridad, pero describiendo este segundo tipo de hombre, no lo podía circundar jamás de aquel tierno amor poético como a un amigo, que compendia la irresistible atracción de aquellos de sus cuentos que tratan de este o aquel tipo de Hamlet. Admiraba a Bazarof; su dureza como su fuerza; Bazarof lo superaba; pero no podía experimentar por él aquellos tiernos sentimientos que les había dispensado a los hombres de su generación y de su pureza. Y en realidad éstos no se habrían encontrado a gusto junto a Bazarof.

Nosotros no notamos esto en aquella época y por lo tanto no comprendimos la intención de Turguenef, de representar la trágica posición de Bazarof en medio del ambiente que lo rodeaba. Comparto plenamente las ideas de Bazarof — escribí más tarde — todas, excluyendo su negación del arte. "Yo amaba a Bazarof; lo puedo probar por medio de mi diario", me dijo una vez en París. Ciertamente que lo amaba. Pero con un amor intelectual hecho de admiraciones, enteramente diferente del amor hecho de compasiones que había mostrado por Rudin y Lavretski. La diferencia se nos pasó por alto y fué la causa principal del equivoco que le resultó tan penoso al poeta.

La novela que siguió a *Padres e Hijos* fué *Humo* (1867). Esta no tiene necesidad de ser discutida ampliamente. Una de sus intenciones en este libro fué representar el tipo de la "leonesa" de la alta sociedad rusa, que lo había tenido ocupado años enteros y a la que volvió muchas veces hasta encontrar la justa y perfecta expresión de ella en la heroína de *Agnes de Primavera*. Otra de sus intenciones fué pintar con colores fieles el vacío, o mejor, la ineptitud de aquella sociedad de burócratas en cuyas manos cayó Rusia, en los veinte años siguientes. Una profunda desesperación por el porvenir de Rusia, después del fracaso del gran movimiento de reformas que nos había dado la abolición de la gleba invadida de todo, el cuento. Una desesperación que no se puede atribuir enteramente y tan poco principalmente a la acogida hostil que recibiera *Padres e Hijos* por parte de la juventud rusa, pero cuya causa debe ser buscada más bien en el mal éxito de las grandes esperanzas que Turguenef y sus mejores amigos habían puesto en los

representantes del movimiento de reforma de 1859-1863. Esta misma desesperación llevó a Turguenef a escribir *Memorias de un artista muerto* (1865) y el bello fantástico *Espíritus* (1867). Se le robó de la misma solamente cuando ya nacer en Rusia el nuevo movimiento: "el pueblo!", que ocupó nuestra juventud hacia el 70.

Este movimiento lo representó en su último libro de la mencionada serie, *Tierra Virgen* (1867). Que simpatizaba plenamente con el nuevo movimiento, es claro de por sí; pero la cuestión de si su novela da del mismo una idea correcta, es cosa que deberá resolverse en cierto sentido negativamente — a pesar que con su intuición maravillosa haya cosechado algunos de los rasgos más salientes del movimiento mismo. La novela fué terminada en 1876 (nosotros la leímos en el manuscrito, en la casa de D. L. Lavrov en Londres, en el otoño del mismo año), es decir, dos años antes del proceso de los que fueron arrestados a raíz de este movimiento. Y en 1876 ninguno podía conocer a la juventud de nuestros círculos sin haber formado parte de ella.

Por consiguiente, *Tierra Virgen* no podía referirse más que a las fases primitivas del movimiento. Además, Turguenef no conocía a ninguno de sus mejores representantes. Mucho está tomado de la realidad, pero la impresión general que produce no es precisamente la que Turguenef mismo habría recibido si hubiese conocido mejor a la juventud rusa de aquel tiempo.

Aun con la grandeza de su talento no podía suplir, intuyendo, los vacíos de conocimiento directo. Y no obstante, comprendió dos rasgos característicos de la primera parte del movimiento: el erróneo concepto que se formó alrededor de la clase de los campesinos, la peculiar incapacidad de la mayor parte de los primeros promotores del movimiento para comprender al campesino ruso, incapacidad debida a su falsa educación literaria histórica y social; y al hamletismo, es decir, la falta de resolución, o mejor "una resolución marchita y enferma que cubre la palidez del pensamiento" que caracterizó verdaderamente al movimiento en sus comienzos. Si Turguenef hubiese vivido algunos años más, habría visto indudablemente salir a la palestra al nuevo tipo — "el hombre de acción" — una nueva modificación del tipo de Insarov de Bazarof, que creció conforme el movimiento se arraigaba más y más. Habiendo ya la percepción a través del lacismo de los comunicados oficiales de "Proceso de los ciento noventa y tres" y en el año 1878 me rogó le contase todo lo que sabía sobre Miskin, una de las más potentes individualidades de aquel proceso.

No vivió lo suficiente para completar esta nueva obra. Una enfermedad que nadie comprendió y fué falsamente creída "gota" pero en realidad era un cáncer en la espina dorsal, hizo de él en los últimos años de la vida un inválido obligado a permanecer en cama. Sólo sus cartas, que están llenas de pensamiento y de vida, y en las que se alternan melancolía y jovialidad, nos han quedado de este tiempo en que él, según se desprende de las mismas, tenía concebidas muchas novelas que debió dejar incompletas y quizás apenas esbozadas. Murió en París en 1883, a la edad de 65 años.

Como broche que cierre este ensayo añadiré algunas palabras sobre su *Poesía en prosa o Sentida* (1882). Las componen "observaciones, pensamientos, imágenes fugitivas" que escribió de 1873 en adelante, bajo la impresión de tal o cual hecho de su vida personal o pública. Si bien escritos en prosa, son verdaderos fragmentos de excelente poesía, algunos de ellos verdaderas joyas, tan hondamente conmovedores y expresivos como los mejores versos de los mejores poetas (*La vieja, El mendigo, Macha*; "Cuán bellas y frescas eran las rosas", mientras que otras (*La naturaleza, El perro*) son características por la concepción filosófica de Turguenef, más que cualquier otra cosa por él escrita. Finalmente, en *Roberto el trozo*, algunos meses antes de su muerte, describió en forma poética su admiración por aquellas mujeres que se sacrificaban en aras del movimiento revolucionario y subían al patíbulo, sin que aquellos por quienes morían penetrasen el sentido de su sacrificio.

PEDRO KROPOTKIN